

LAIA JUFRESA
Veinte, veintiuno
RANDOM HOUSE

LAIA JUFRESA

Veinte, veintiuno



RANDOM HOUSE

REALES
DRAGONES

Primavera 2020



Mi hija es una doctora. Es una doctora para dragones. Lo sé porque me lo dice cada día, todo el día, desde hace un mes cuando cerraron las guarderías. Su convicción sólo flaquea a ratos, cuando pregunta: Mamá, ¿dónde puedo encontrar un real dragón? Mi hija es ligeramente pocha. Como tiene tres años y yo no tengo ninguna ambición pedagógica, mi única misión de cuarentena es corregirle su español. La única misión de su padre es sacarla al sol una vez al día. (Lo del sol, aquí en Escocia, es relativo. Digamos: al fresco). La corrijo, pues: Un real dragón es inglés, en español decimos un dragón real.

No, insiste enojándose, este es otro tipo de real dragón, este es un real dragón real. Ah, OK, le digo. Y realmente me doy por bien servida.

• • •

Me prometí a mí misma que no usaría la primera persona del plural para hablarle a mi hija. Es una promesa que rompo todos los días, por lo general a primera hora. Se mete en nuestra cama muy temprano y a los pocos minutos yo ya estoy: ¡No pateamos! ¡No arañamos! ¡No, no, no nos echamos pedos en la cara de los demás, carajo!

• • •

No sabemos si se volvió doctora pensando que así la dejaríamos salir de casa. Por si las dudas, ya sólo oímos noticias con los audífonos. Mientras le doy el desayuno, escucho en una oreja el podcast de la BBC sobre el coronavirus. Me prometí que ésta sería mi única fuente de información pandémica y lo devoro temprano para más o menos a las nueve estar ya en post depresión global y poder hacer mis labores maternas o, si me toca ese día a mí, encerrarme a trabajar. Es otra promesa que rompo todos los días.

• • •

En el Reino Unido nos permiten salir una vez al día a hacer ejercicio. Cuando salgo sola, corro. (Es relativo. Digamos: troto). Cuando salgo

con hija la voy pastoreando para mantenerla a dos metros de distancia de quien sea. Quiero hacerlo de manera amena (de igual modo que, cuando suenan las ambulancias, cantamos niiino niiino y bailamos), pero no me sale. A las dos cuadras ya estoy: ¡No, no nos acercamos a la gente!

• • •

En el Museo de la Cirugía de Edimburgo, que antes pasaba a diario pero que ahora me parece un lugar remoto porque no está en mi barrio, un día escuché algo que me cambió la idea del pasado, como cuando algún primo manda a imprimir las diapositivas y uno se entera de que en 1950 la abuela ya se pintaba las uñas de un anaranjado ochentero. Lo que oí fue: antes de la invención de la anestesia, los hospitales eran los lugares más ruidosos del mundo.

• • •

Amigos de grandes ciudades me escriben: El silencio, ¡es increíble! Amigos de otras grandes ciudades me dicen: El ruido de las ambulancias, ¡es insoportable! A veces me dicen estas dos cosas amigos que viven en distintas partes de la misma gran ciudad. Su percepción, supongo, está simple y directamente relacionada a qué tan cerca de un hospital viven. En una ciudad acallada, los hospitales y sus tentáculos vuelven a ser el epicentro del ruido.

• • •

He notado que, cuando salgo a trotar, si alguien no respeta los dos metros y yo no tengo para dónde hacerme, dejo de respirar. Esto tiene un fundamento científico igual a cero, pero no lo puedo evitar. Y sospecho que no estoy sola. Debemos de haber millones de personas en el mundo haciéndolo. Es un nuevo síndrome. Apnea Involuntaria Por Cercanía Humana.

• • •

En la primera persona del plural nunca habíamos cabido tantos. No

porque el virus unifique, por supuesto, ni mucho menos equipare, al contrario. Pero nunca habíamos estado tantos viviendo una situación tan similar al mismo tiempo en tantos lados. ¿Cómo vas?, le escribo a una amiga brasileña después de una década sin noticias. ¿Cómo lo llevas?, le escribo a un amigo en la India que no he visto en quince años. Todos contestan, todos saben a qué me refiero. Nunca habían sobrado tanto los preámbulos.

• ● •

Me asomo desde la sala para entender un sonido. Es mi hija que va con un objeto no identificado de plástico rosa. No sé de dónde salió, seguramente del *charity* donde a veces nos compro juguetes por cincuenta centavos. Lo identifico: sirve para hacer masajes. Pero ella lo empuña con las dos manos y, estirando los brazos, lo hace zigzaguear por todo el pasillo. ¡Lejos!, le ordena: ¡Lejos del coronavirus!

• ● •

También, nunca antes cupimos tantos en el departamento. Somos tres personas reales, pero muchas más reales personas reales. A la mayoría los conocemos desde antes de la pandemia. Cara, por ejemplo, vive con nosotros desde hace más de un año. Al principio me incomodó su omnipresencia. Le pregunté a la maestra de la guardería si le parecía normal que una niña de dos años tuviera amigas imaginarias tan concretas. Me dijo que nunca lo había visto en veinte años de trabajo, pero que anormal no era. Me di por bien servida. Pero a la tercera semana de cuarentena me vuelvo a incomodar cuando empiezan a brotar versiones invisibles de los amigos de verdad. Le escribo a los papás. Organizamos desastrosas videollamadas infantiles.

• ● •

Un día estoy desayunando de pie, por la simple razón de poder pegar las nalgas a la calefacción, y de pronto noto que mi hija me mira con curiosidad por encima de su yogurt con plátano.

¿Qué haces?, me pregunta. Chin, me cachó hablando sola.

Improviso: Estoy platicando con la mamá de Cara. Mi hija se queda muy satisfecha con mi respuesta.

• • •

De niña me daban envidia los niños con amigos imaginarios, así que me inventé que tenía unos cuantos. Ahora sé que lo mío era trampa. Los amigos imaginarios de mi hija son reales, los míos eran ficcionales. Siguen siendo. No sé a qué edad empecé a convivir con real gente real todo el día. Pero sí sé a qué hora del día, en la vida normal no pandémica, paso de las noticias a la novela, de mi hija a mis personajes. Es un tránsito que empieza en cuanto su papá se la lleva a la guardería. Pero ahora: ¿cómo voy a transitar correctamente con todos metidos en la misma pinche casa?

Me divierte notar que entre mi gran horror (por los muertos y los enfermos, por las muchas crisis que se vienen) y mis pequeños horrores (el de engordar por encierro, el de que se nos acabe el vino o el papel de baño) hay un horror intermedio. No de que mi familia se meta con mi novela, sino de que se meta en mi novela. Todavía ni sucede y yo ya estoy:

¡No, no, no escribimos autoficción, carajo!

• • •

Encuentro a mi hija pegándole curitas al objeto rosa. Es mi dragón, me informa: Se hizo *ouchie*. Mi entusiasmo es genuino. ¡El real dragón real ahora es real-real! Le salió cuerpo. Fin del embrollo ontológico. Quizá los cincuenta centavos de libra mejor gastados de mi vida.

• • •

Hasta donde alcanzo a entender el embrollo actual es epidemiológico, pero también sistémico, epistémico, estadístico, geopolítico y económico. A ratos ético. A diario épico. Pero ontológico no. El virus es. Y frente a esa claridad se nos empaña, por orden cronológico sino de prioridades: lo que debió ser, lo que no es, lo que será.

• • •

La Ministra Principal de Escocia recién dio una rueda de prensa donde, a diferencia del gobierno inglés, abogó por la transparencia. Así, con total transparencia y tratándonos —en sus propias palabras— como adultos, nos informó que lo más seguro es que quién sabe.

• • •

El próximo agosto —tal vez, quién sabe— mi hija empezará la escuela. Irá a la pública de enfrente, que no es en inglés sino en gaélico escocés, una lengua celta que, al menos en mi cabeza, suena a élfico de Tolkien. Yo en gaélico escocés sólo sé decir gracias. Pero a la cuarta semana de encierro me digo que ya estuvo bueno de corregir español y empiezo a buscar lecciones. Mi hija también debe estar lidiando con sus propios hartazgos porque al terminar una videollamada con mi mamá, grita furiosa: ¡Quiero ver gente REAL!

• • •

Mi primer gran amor empezó por chat. Cuando digo “investigar” generalmente me refiero a googlear algo. Siento a los amigos con los que me escribo mails más cercanos que los que tengo cerca. Pero igual me apanica imaginar que mi hija vaya a la escuela en línea. Este desdén por el internet me hace sentir real, pero de una manera ligeramente moralina.

Mientras que mi adicción al internet también me hace sentir real, pero de una manera más precaria, más primaria. ¿Más humana?

• • •

También he notado, en mis caminatas, que la gente que va platicando con gente real-real levanta sospechas. ¿Se dieron cita pese a las reglas de no verse con amigos? Porque, si viven juntos, ¿qué pueden tener para decirse a estas alturas de la cuarentena? Es un viejo síndrome. Desprestigio Por Envidia.

• • •

¿A qué juegan?, pregunta mi marido asomándose a la cocina. Estamos

repitiendo sonidos imposibles frente a un video de YouTube.

We're counting in garlic!, dice mi hija.

Gaelic, la corrijo, sin la erre.

¿Cómo se dice siete?, pregunta el papá.

Tap-la, digo yo, y él se da por bien servido.

(Pero *tap-la* significa gracias y no tengo ni idea de cómo se escribe).

• • •

Se me ocurre que dedicarse a escribir ficción requiere un equilibrio constante entre la fascinación y el repele por la gente real-real.

• • •

Si lo hubiera dicho mi hija, yo le diría: No decimos el repele. No le podría decir "es verbo, no sustantivo" porque eso ya lo dijo Arjona y se me activa el cursímetro. Pero mi hija no dice el repele. A mi hija no le sale la erre. O, como no se cansan de señalar los amigos que ahora se aferran al Zoom como antes al bar: Habla como gringa.

• • •

La balanza de su bilingüismo se inclina según con qué abuela hizo el más reciente Skype. Si la oímos exclamar: *Oh, dear!* es que habló con mi suegra. Si después de soltarnos algún cuento aclara: No es cierto, nomás andaba vacilando, es que habló con mi mamá. Su sentido de la identidad también varía. De soy una vaciladora pasa a *I'm so silly*! Es imposible saber qué dirá de ella misma cuando aprenda gaélico. Me da nostalgia que no le voy a entender.

• • •

No me interesa hornear pan de pandemia. Me deja indiferente el ímpetu repentino por plantar tomates. No siento más que extrañeza, con un toque de envidia, por los que limpian febrilmente. Pero no estar registrando por escrito me da culpa. Como siempre. Cuando estaba embarazada me sentía mal de no describir las variaciones corporales. Desde que parí vivo con culpa de no anotar lo que mi hija dice y de no

llenar cuadernillos con mis elucubraciones sobre la maternidad. Me da pena que en realidad no pienso nada sobre la maternidad. (Es verbo, no sustantivo.) Ahora me da culpa no llevar un diario de la cuarentena. O quizá nomás me da nostalgia que no me voy a entender.

• • •

Esto es lo que sé, gracias al diario atisbo permitido, sobre la primavera 2020: al principio del encierro no había flores. Salieron las flores. Se están empezando a caer las flores.

• • •

El cursímetro se me apaga los jueves, a las ocho de la noche en punto. Es el momento en que en el Reino Unido abrimos las ventanas —yo envuelta en cobijas— y aplaudimos y coreamos por el Sistema Nacional de Salud hasta desgañitarnos. A mí que ni el futbol me activa el nacionalismo mexicano, a mí que ni el discurso de la reina me trastocó la vena antiimperialista, todos los jueves sin falta me quiebra el aplauso al NHS. Quiero pensar que esta emoción no es patriotismo, sino algo más como humanismo o universalismo. Que le estamos aplaudiendo a todos los doctores y enfermeras del mundo. Que estamos adueñándonos del ruido, aligerándoles por un nanosegundo la carga a los hospitales. Pero quién sabe: ya hemos visto que en los sistemas de salud se dibujan las inequidades y las fronteras. Y para hacerme dudar más, están las gaitas.

En la calle una vecina, en riguroso kilt tartán, toca la suya a todo volumen (no hay otra manera de tocar la gaita) como por diez minutos y eso ayuda, estoy segura, a que aguantemos el aplauso más tiempo, a la par que exacerba la emoción que el ritual nos provoca. Me pregunto entonces si el nacionalismo escocés no se me estará metiendo como por ósmosis, o como se mete un virus: en un descuido. Y me pregunto también si uno no es, también un poco, de donde sus hijos crecen. Si uno no es o no será, en parte, de donde pasó esta cuarentena. Es un embrollo identitario, pero no —al menos no por ahora ni por las siguientes tres semanas, tal vez meses— logístico. Somos de donde

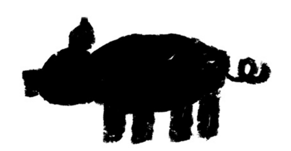
estamos. Somos donde estamos. Y buena suerte explicándole a sus hijos pochos que en épocas normales esos son dos verbos, no uno.

• • •

Cuando en el futuro mi hija me pregunte cómo pasamos la época del coronavirus, le entregaré este texto. Es un real diario real, le diré. Y ella se dará por bien servida.

P'TIT
COCHON

Verano 2020



Mi hija ahora es una princesa. Aunque el libro que la obsesiona es aún el mismo, el foco de su pasión ha cambiado. Ya no le interesa tanto el maletín de la princesa doctora de dragones, ahora le interesan la realeza y la ropa. Los zapatos. El peinado. No sé qué me vuelve más loca, si mis pelos pandémicos o su pasión sartorial, que sólo flaquea a ratos, cuando se mira en el espejo y pregunta:

Mamá, ¿tú crees que este es un *silly frilly dress*?

• • •

A las diez semanas de confinamiento, el Reino Unido dejó de aplaudirle cada jueves al NHS y con la pérdida de ese ritual algo se nos fue desconectando. Siento como si por un momento hubiéramos avistado, desde nuestro submarino, al Otro con mayúscula, y ahora que pasamos de la novedad a la normal *nuevidad*, no podemos más que mirarnos el ombligo.

• • •

Lo otro que me vuelve loca es el calendario que tenemos pegado con masking tape en la pared de la cocina y que dicta en dos colores nuestra carrera de relevos. Cuando mi marido tiene a la princesa, yo trabajo, y viceversa. *Ad infinitum*. Yo misma dibujo el calendario cada domingo, haciendo malabares alrededor de los Zooms de ambos y con buenas intenciones de terminar mi novela, pero una vez en la pared los rectángulos bicolor cobran un aura autoritaria que sólo me produce ganas de rebelarme.

• • •

No quiero que mi hija sea una princesa. Le pongo más clases de yoga, más clases de ballet, más clases de música. Para mayo ya es una experta en lo de la educación online, siempre y cuando sean videos pregrabados, porque le gusta hacer lo que le guste hacer y a la hora que le venga en gana.

No sé de donde habrá sacado eso.

• • •

Pese al confinamiento o, para ser honestos, gracias al confinamiento, cada vez corro más.

Esto no tiene nada de original, por supuesto, menos ahora, pero para mí constituye una victoria y también algo de despersonalización, porque históricamente he sido una persona que no corre ni para alcanzar el autobús.

Si no me activara el cursímetro, diría que me estoy redescubriendo. O, aún mejor, reinventando.

• • •

Mi hija también se está redescubriendo. O quizá sólo se está descubriendo, dado que tiene tres años. Sea como sea, dentro del capullo-casa estamos cambiando rápido.

A mí sólo me cambian las piernas, pero a ella le crece el cuerpo, el pelo, y ahora también los sentimientos. Es como si recién hubiera descubierto que tiene botones dentro y que presionándolos puede controlar, o por lo menos disparar, sus emociones.

Por ejemplo, durante la cena nos observa y si nos reímos de algo ella suelta una carcajada bastante falsa como para decir: lo entendí todo.

Sí, le dije la primera vez, eres partícipe de la conversación.

Entonces se echó a llorar con amargura diciendo: ¡No soy un partícipe, yo soy una princesa!

• • •

Según el calendario los días que corro temprano luego trabajo de 7 a 1 y luego materno de 1 a 7. Todo bien en el papel. Pero el cuerpo no me da. Así que un día de finales de mayo declaro que voy a dormir una siesta.

Good luck with that, dice mi marido.

Tengo un plan, le explico, voy a usar la televisión.

¿Cuál televisión?, pregunta.

Es un buen punto, no tenemos televisión.

Cualquier pantalla, le digo: puedo usar la compu, el teléfono, el iPad, el microondas…

¿El horno de microondas?

Sólo dime si te opones. No quiero que el experimento sea un éxito y acabemos peleando por quién sabe qué principio pedagógico.

Si tú encuentras una manera de que podamos dormir una siesta en esta casa, me dice, yo te doy el Nobel. ¿Qué le vas a poner?

Una cochinita que la hipnotizó una vez en la peluquería.

Mi marido abre la boca como para pedir más detalles, pero la cierra y se sale del departamento como si tuviera a dónde ir. Desde luego que no tiene a dónde ir porque no podemos ir a ningún lado, pero no se lo recuerdo, porque eso es el amor.

Y porque no hay amor que aguante tener que verse todo el rato.

• ● •

La segunda práctica emotivo-experimental de mi hija consiste en cantar, muy lentamente, *You are my sunshine my only sunshine* hasta hacerse llorar, y luego seguir cantando hasta volver a sonreír porque, en sus propias palabras, esa canción tiene "una parte que me hace triste, pero luego otra parte que me hace contenta".

No creo exagerar cuando digo que es la cosa más *cute* que he visto en mi vida.

• ● •

Un día de 1992, mi mamá compró un microondas. Invitamos a todos los niños de la cuadra, que eran nomás dos porque vivíamos en el campo, a celebrar el evento. Sólo había un problema: no teníamos suficiente electricidad como para ver películas y hacer palomitas a la vez. Parábamos la película, apagábamos todas las luces y, todos de pie frente al horno, mirábamos girar la bolsa al ritmo del pop pop pop.

• ● •

Google me contesta a la primera: la cochinita que busco se llama

Peppa.

De inmediato recurro a la tercera persona, que me distancia de la mamá que no quiero ser pero a veces soy. Digo: ¿Quieres ver una caricatura mientras mamá duerme una siesta?

¿Qué es una *culicutura*?

Es una televisión.

¿Qué es una televisión?

Es como tus clases de ballet, pero más divertido porque no te tienes ni que mover.

A ella le cambia la cara, no sé si de esperanza o de confusión, y yo alzo la mirada hacia un ser imaginario: ¡No puedo creer que "mamá" dijera eso, por dios!

Luego, en un ataque de culpa o de iluminación pedagógica o de puro esnobismo, googleo: Peppa Pig *en français*.

• • •

No sólo me han cambiado las piernas. También me ha disminuido la adicción a las noticias. Ya no sé qué presidente tiene covid hoy día, ni en qué fase estamos ni qué países están más cerrados que otros, ni siquiera entiendo bien las distintas búsquedas de la vacuna. Y aunque nunca logro dejar de leer noticias sobre México, que es como yo a diario me presiono el botón del horror y la impotencia, ya no sé qué pasa en el resto del mundo. Ni siquiera en Edimburgo. Esa sensación global de la primavera duró menos que la primavera. Estoy de vuelta en mi burbuja y es más burbuja que nunca.

• • •

Esto también es el amor: tanto mi marido como mi hija, como yo misma, hemos accedido a que mamá, Laia, la loca de las tijeras, nos corte el pelo.

• • •

El condicionamiento pavloviano se establece de inmediato: tres veces a la semana corro temprano y esos días duermo una siesta mientras mi

hija mira Peppa Pig en francés. Ni bien oigo *Bonjour, je m'apelle Peppa*, caigo en un sueño profundo del que sólo me sacan, al unísono, la musiquita que hace YouTube Kids al terminar el tiempo permitido y el llanto angustiado de mi hija que vive muy mal el final de su dosis.

• • •

Un día de 1995, mi mamá compró una antena parabólica. Era lo más emocionante que nos había pasado desde el microondas. Ocupaba un tercio de la azotea y, cuando alguien cambiaba el canal, giraba con un ruido monstruoso. Primero la odié, porque la azotea era donde me gustaba sentarme a leer, pero luego descubrí la televisión y desarrollé una adicción tan severa que mi mamá me permitía hacer las tareas de mecanografía frente a la tele. Gracias a eso, por cierto, aprendí a teclear sin ver para abajo, que es quizá lo único útil que saqué de la secundaria. Cuando alguien me pregunta, no tengo reparo en confesar que le debo mi inglés a la parabólica. Mi Peppa Pig fue MTV.

• • •

No sé exactamente cuántas semanas han pasado cuando mi hija empieza a hablar francés. Al principio son palabras sueltas. Luego son preguntas cada vez más frecuentes.

¿Cómo se dice monstruo en francés? ¿Cómo se dice *comfy*? ¿Cómo se dice mentira, pepino, *carrotitas*, vacilar? Luego, en algún momento, estamos teniendo conversaciones.

• • •

Tengo que decirte algo importante, le digo a mi marido en uno de esos raros momentos en que nos encontramos fuera de la cama, como en el cuento de Calvino, siempre uno yendo y el otro viniendo de su turno. Tu hija, le digo, ¡habla francés!

Je sais, me dice.

Mi marido entiende bastante francés, pero en este momento desde lo alto de mi trilingüismo sospecho que *il ne sait pas*.

No, de verdad, insisto, ha-bla-fran-cés-de-verdad.

Laia, me dice, yo también vivo aquí.

• ● •

El problema con la convivencia extrema es doble: la gente con la que vives se vuelve omnipresente y, a la vez, se vuelve invisible.

• ● •

Yo aprendí francés en una preparatoria pública de la casi *banlieue* parisina y me cuesta trabajo hablarlo en algo que no sea un léxico infumable de *dissertation philosophique* o en *verlan*, que es el *slang* que usábamos en esa época y que consiste en invertir las sílabas de una palabra. El léxico de niña de tres años, entonces, me supone ciertas dificultades. Por ejemplo, cuando me pregunta cómo se dice *potty* y no está satisfecha con *toilet*, lo que me viene a la mente al buscar sinónimos es Louis XIV cagando con público y entonces le contesto: *Potty* se dice *chaise des affaires*.

• ● •

¿Qué vas a hacer mientras me baño?, le pregunto una mañana a mi hija.

Voy a jugar con Perla, me dice.

¿Con Peppa *la cochone*?, pregunto alarmada. No quiero que se nos empiece a llenar de caricaturas invisibles la casa.

No, ¡con Perla, *la princesse*!

Ok, ok, le digo, y mientras me baño Perla y ella juegan con objetos que colocan sobre la tapa del escusado. Mientras tanto, yo ensayo bajo el agua un diálogo de la novela que está en su primera etapa, que es cuando todo lo que escribo suena a telenovela mala, pero sin trama.

¿Estás hablando con la mamá de Perla?, pregunta mi hija.

Ajá, le digo, mientras me lavo el pelo.

¿Cómo se llama?

Eeeh, Rubí, le digo, se llama Rubí.

¿Y es tu amiga?

Sí, es mi amiga, es una reina, por eso su hija es una princesa. Rubí es

una reina roja. Ámbar es una reina amarilla. Esmeralda es una reina verde.

Cuando abro los ojos descubro el resultado de esta pequeña improvisación. Acabo de literalmente mutar para mi hija que, hasta este momento, me creía una plebeya.

• ● •

Una amiga que baila tango me escribe: Extraño abrazarme con extraños.

Ella, como yo, vive con hijos y pareja. No está, como tanta gente ahora, privada de tacto. ¿Será que hay algo mal en mí? Porque yo, incluso ahora que casi he controlado la apnea involuntaria cuando me pasa alguien cerca, sigo presintiendo en cada persona un posible foco de infección y mi impulso es alejarme.

¡Yo también!, le contesto.

• ● •

No importa en qué idioma cuente, mi hija siempre se salta el siete.

No puedo evitar interpretarlo. A veces pienso que es buena fortuna, quiere decir que se queda todos los sietes dentro.

A veces creo que es de mal augurio que nomás no logre recordar que entre el seis y el ocho está el número de la suerte.

Cuando se lo digo a mi marido, que tiene espíritu científico, me dice que el mío es un pensamiento mágico-matemático.

• ● •

Yo también tengo un problema numérico o quizás es otro condicionamiento pavloviano. Lo descubrí ahora que entró el francés a la casa y que intento corregirle a mi hija la omisión del siete y nos la pasamos contando.

Resulta que un poco a la manera de *LaNiñaLaPintayLaSantaMaría* o el *trespuntocatorcedieciséis*, yo tengo un resorte cerebral con ciertos números: el 14, el 36, el 45, pero que sólo me pasa en francés, porque en francés estudié la preparatoria y la licenciatura y la retahíla de

guerras europeas.

Así, si digo catorce, pienso: *catorze – dixhuit.*

Si digo 36, pienso: *trente-six – trente-neuf.*

Y si digo 39 no hay salida: *trente-neuf – quarante cinq.*

Les années vingt, pienso si llegamos hasta el veinte, y todo se me tiñe de entreguerras. El once me sale doble: *Onze-onze: armistice.*

A veces lo digo en voz alta y me tengo que disculpar. No porque mi hija se dé cuenta del sinsentido numérico, sino porque me parece que no viene al caso estar trayendo guerras al cuarto de juegos.

• ● •

Cuando el verano escocés explota (con lo cual sólo quiero decir que por fin podemos salir sin abrigo), empieza a amanecer a las 4 de la mañana. Nos habíamos prometido que este verano sí, pasara lo que pasara, tendríamos cortinas, pero ahora, dadas las circunstancias, tendríamos que comprarlas en línea y como no está en el calendario nadie se ocupa.

• ● •

El pensamiento mágico-matemático no es nuevo en mí. En unas semanas voy a cumplir treinta y siete años y calculo si será un buen año con un sistema de adivinación que inventé de niña, leyendo placas en la carretera, y que consiste en sumar unidades, eliminando ceros y nueves, hasta llegar a un solo número. Tres y siete dan un 10, excelente augurio.

Incluso eliminando el 0, porque el uno siempre es buena señal. De unidad, de coherencia. Sólo hay un problema, ¿dónde voy a nadar?

El único ritual cumpleañero que llevo décadas sosteniendo es que el nuevo año me encuentre en el agua. Supongo que este año será en la regadera.

• ● •

Otra cosa que entra a los juegos, con el francés, es la monarquía que quería yo dejar fuera. Desde que le conté de la *chaise des affaires* mi hija

pregunta por Louis XIV como si fuera un amigo mío. Cuéntame del Rey Sol, pide mientras preparo el primer café. Y como la Historia con mayúscula se ha asentado en mi cerebro en ese lugar inaccesible que sólo percibo de madrugada, le contesto: El Rey Sol tenía un *petit lever* y un *grand lever*.

¿Un qué y un *quoi*?

Despertaba dos veces. Una vez con poquita gente, *petit lever*, y luego entraba mucha gente para verlo desayunar y hacer caca. *Grand lever*.

En la *chaise des affaires* el Rey Sol hacía caca con sus amigos, ¿verdad, mamá?

Bueno, no sé si eran sus amigos. Eran más bien sus súbditos.

Luego hacemos un Versalles con bloques con imanes y representamos a toda la corte con muñecos, legos y tarjetas. Sobra decir que mi hija es la princesa.

A las siete de la mañana le llevo un café a mi marido para su *petit lever*, me meto en la cama y le pido que me suplante en el juego porque estoy con eso desde hace dos siglos cuando salió el sol.

Él acepta el café, pero no está seguro de querer aceptar la misión. ¿Exactamente a qué estaban jugando?, pregunta.

Ya puedes pasar directamente a la Revolución francesa, le digo, y me tapo la cara con el edredón.

Mi hija irrumpe en el cuarto y dice: *Daddy, daddy*, ¿sabías que el Rey Sol hacía caca con sus *subiditos* a su *adleredor*?

• • •

Ahora hasta mi marido habla francés. Lo oigo preguntar: *Est-tu une princesse*? Ella se ríe y niega. *Non, non, non*, dice: *Moi je suis un gentil p'tit cochon*!

• • •

No importa cuánto ecualizamos el calendario, cada uno siempre siente que hizo más.

Del otro subrayamos sólo lo que no hizo. Yo nunca cocino, él nunca lava el baño. Está en el calendario, pero de todos modos lo blandimos

como una espada cuando discutimos quién hizo más esa semana. Es un viejo síndrome que la pandemia meramente exacerba y que se llama No ver más allá de las narices.

• ● •

Ah, oui, maman, c'est gentil.

Mi marido y yo, que a estas alturas de julio ya damos por sentado que nuestra hija se enseñó francés sola, nos miramos ahora sorprendidos por la amabilidad que exuda.

Es como si fuera otra persona, le susurro.

Tú también eres otra persona en francés, me dice.

Sí, pero yo en francés soy una parisina majadera, en cambio ella es como una condesa.

Estamos en el mundo al revés, me recuerda.

• ● •

En el mundo al revés no sólo corro. También ando en bicicleta. Nos tomó más de un mes conseguir bicis porque media humanidad está en lo mismo y hay escasez planetaria, pero lo logramos. Para mí es una experiencia terrorífica, aprendí de adulta y lo he hecho muy poco, pero también es reveladora. Resulta que en bici podemos estar en veinte minutos en unas playas hermosas. Heladas, pero qué importa si es sólo para enterrar los pies en la arena. No puedo entender que no hiciéramos esto antes. Me siento como si a mi burbuja le hubieran introducido chispitas.

• ● •

Para mi cumpleaños 37, es decir 10, es decir 1, termino el primer borrador de la novela que llevo cuatro años escribiendo y me compro el regalo más extravagante de mi vida. Guantes, calcetines y traje completo de neopreno.

Cumplo años metida en el mar. Me gustaría decir que me estoy reinventando. Pero me estoy congelando nomás.

• ● •

Mientras le cortan el pelo a mi hija recorro los estantes de la peluquería/zapatería/tienda. Necesitamos este libro y ese muñeco y este rompecabezas. De pronto me veo con los brazos llenos y caigo en cuenta del frenesí consumista. No he entrado a una tienda que no sea un supermercado de comida en más de cuatro meses. Hace apenas dos semanas que reabrieron todo. No necesitamos nada de esto. Me obligo a dejar todo y regreso junto a mi hija. La tienen hipnotizada con una *culicutura* que nunca he visto. Pregunto qué es y la mujer me mira como si yo recién hubiera salido de una cueva oscura, con la barba crecida y ni la más remota idea de en qué año estamos, que es más o menos exactamente como me siento.

• • •

Otra novedad es que podemos ver gente en exteriores. Una amiga me convoca a beber vino en el parque. Somos cuatro mujeres, cada una con su propia botella y en su propia cobija de picnic. Una de ellas tiene que tomar un tren después de la reunión. Como la estación está en mi camino, andamos juntas hasta la puerta donde ella levanta los brazos en el signo universal de Y ahora nos abrazamos. Yo la abrazo, claro. Y luego nos vamos cada una por su lado.

Hasta hace dos horas no conocía a esta persona y seguramente no la volveré a ver. Pero el contacto con su cuerpo me llena de una emoción peculiar, como si llevara meses ansiando tocarla. Camino por cuadras sintiendo en la mejilla la textura de su abrigo, la sensación esponjosa de su hombro en mi mano, su pelo en mi cara, los puntos donde algún hueso suyo hizo contacto con una parte blanda mía y viceversa.

No es exactamente erótico. Pero definitivamente es exótico.

Supongo que, yo también, extrañaba abrazarme con extraños.

• • •

Estamos en lo que será nuestra última ida al mar. Me olvidé los calcetines de neopreno y paso mi tiempo en el agua flotando en posición de V, con los pies y las manos fuera del agua para que no se me engarroten. Cuando salgo, mi hija me informa que ella también

tiene mucho frío.

Pero estás comiendo un helado, le digo.

Pero *pretend* que es un chocolate caliente, me dice.

Eso es lo que intenté en el mar, no pude.

Te podrías haber hecho pipí en el neopreno, sugiere mi marido.

Como el Rey Sol, concluye mi hija.

• ● •

Cuando no tengo acceso a las chispitas, en medio de la noche, cuando me agarra el insomnio y no puedo *pretend* que no soy parte de un planeta en fuego, ni puedo parar de angustiarme por mis padres, por los desaparecidos, por los feminicidios, por la vacuna que no cuaja, intento distraerme con algo de pensamiento mágico-matemático. Me pregunto, por ejemplo, cómo se llamará este año. Cómo quedará asentado en los libros de historia. ¿Dos mil veinte o veinteveinte? Veinte veinte, covid-19.

Vingt vingt es lo que le suena lógico a mi archivo interior.

Vingt, vingt: pandémie globale.

• ● •

Cuando mi hija nos pregunte cómo pasamos el *vingt vingt,* le diré: lo pasamos *encapullados.*

• ● •

Si me miro el ombligo, diría que el verano 2020 se está reinventando.

Si miro más allá de mis narices, me parece atisbar que el verano 2020 es: un *silly frilly dress*.

HIGHLAND
COO

Otoño 2020



Mi hija es una sirena. Lo sé porque cada vez que cierro los ojos ella me dice: Mírame, mírame, soy una sirena. Ella está en la tina y yo estoy sentada sobre la tapa del escusado, tomando una cerveza. Después de cada trago cierro los ojos para sentir el sol en la cara o tal vez para olvidar que estoy en el baño. Mi hija odia que yo cierre los ojos. A veces ruega tierna: Abre tus ojitos, mamá. Y a veces me los abre haciendo una pinza maligna entre índice y pulgar. Pero ahora que está en el agua me siento relativamente a salvo y la ignoro.

Mamá, me pregunta de pronto, ¿cómo se dice colita en francés?

Colita es la palabra que aprendí de niña para decir vagina y, como tantos otros comportamientos maternos, lo repito sin cuestionar. No la traducimos tampoco. Es de esas cosas que se quedan en español incluso entre mi hija y su papá. Los oigo todo el tiempo, sobre todo ahora que ella vive en rebeldía contra la ropa interior. *Did you wipe your* colita? *Are you wearing* calzones? *Hey, you have to wear* calzones *to protect your* colita!

Mi hija espera paciente en la tina mientras yo bebo cerveza y recorro mentalmente mi léxico de órganos sexuales en francés. Salen a relucir términos vulgares *(chatte),* anatómicos *(vulve)* e intraducibles (*zézette?*). Al final, opto por mentir.

Colette, le digo: se dice *colette*.

• • •

A principios de agosto, el tímido verano se va pal sur y hace falta otra vez usar bufanda. Mi necesidad de tener siempre un trapo en la bolsa para enredarme al cuello, una costumbre que tengo desde la adolescencia y antes parecía una friolera, es de pronto el hábito más adaptativo que poseo. ¿Hay que comprar leche? Me levanto la mascada y ya puedo entrar a la tienda.

• • •

Últimamente desvío los paseos hacia el extremo superior derecho del

parque para que mi hija se vaya familiarizando con la escuela gaélica. Subimos un montículo desde el cual se aprecia el patio con juegos y hablamos de cómo pronto va a estar ahí adentro. Vista así, la escuela parece un dragón dormido, una sirena estatua, algo agazapado, una playa en marea baja, esperando. Cuántas ciudades están todavía así en el mundo: apagadas mientras pasa su primera ola de coronavirus. Pero eso no lo digo.

A veces, a mi hija le emociona la idea de la escuela y a veces nomás dice al respecto: *Non, merci, maman.*

No me he atrevido a informarle que no tiene opción.

• ● •

Una de las mayores disfunciones en cómo se ha tratado el tema covid en este país es un asunto de léxico. Se tardaron meses en hacer las mascarillas obligatorias, y nunca nos han dicho que usemos *face masks* sino *face coverings*. Entiendo que lo hicieron así porque tenían pánico de que la gente entrara en pánico y acaparara las de por sí escasas mascarillas que los trabajadores de la salud necesitaban. Pero ahora que no hay escasez y sigue flotando el virus, ¿por qué no se atreven a informarnos que no tenemos opción?

• ● •

Hacia finales de agosto, después de cinco meses cerrada, la escuela gaélica reabre. Para minimizar riesgos separan a los niños en burbujas. Mi hija está en Bubble A: lunes y martes. Si no hubiera pandemia habría un periodo de aclimatación, y yo podría entrar con ella el primer día. Para compensar me dejan mirar por la ventana, durante media hora previamente agendada. Es un ejercicio inútil de voyerismo, porque es una guardería, no un zoológico, y no se ve nada de nada. Pero sí compruebo que mi *face covering* también sirve para secarse el moco y las lágrimas.

• ● •

Fuera de que no habla, lo cual no me preocupa porque siempre ha sido

tímida fuera de casa, mi hija se adapta rápido a la escuela. Va sólo dos días a la semana, pero con esos dos días hacemos maravillas. O bueno, yo haría maravillas si no siguiera tomando notas para este texto. Porque un poco a escondidas, supongo que de mí misma, sigo escribiendo el real diario real, y cada vez es más real y, peor, cada vez es más diario.

• • •

¿Cuál es el problema?, pregunta mi marido cuando le confieso lo del diario, llena de vergüenza, como si estuviera diciéndole que tengo un romance con otro hombre. Supongo que en el fondo eso es lo que siento, que estoy engañando a mi novela con este texto.

Él intenta razonar conmigo: es un año para escribir diarios, me dice, todo el mundo lo está haciendo.

Ése es precisamente el problema, digo, y me paro arrastrando las patas de la silla porque algunas noches yo también tengo tres años.

• • •

Chiri!

Chiri, chiri!

Tal como en primavera trinan los pájaros, y en verano nos enloquecen las gaviotas, en el otoño el parque Pilrig se llena de este cántico distintivo, por lo menos en la esquina superior derecha que invadimos a diario los padres, los niños, las maestras de la escuela gaélica. Los adultos enmascarados, los niños uniformados. *Chiri*, en gaélico escocés, significa adiós.

• • •

Pero ése no es el problema, la verdad. Me da igual lo que hagan los demás. El problema es mío y es histórico. Remonta a 2001. Empieza en una oficina en el instituto de investigaciones poéticas de la UNAM, donde me sudan las manos al entrar a ver a Fabio Morábito, uno de mis escritores favoritos y que muy generosamente ha aceptado leer dos de mis primeros cuentos. Ni bien me siento, él me los entrega, impresos y

llenos de anotaciones, y me dice: Tú ya entendiste lo importante: escribir no es desahogarse.

• ● •

Tengo una montaña de cuadernos donde me desahogo desaforadamente por las mañanas o en caso de urgencia. Pero en mi escritura fuera de esas hojas íntimas, intento serle fiel a eso que, quién sabe cómo, yo ya había entendido a los dieciocho años: que escribir no es desahogarse.

Mi alergia a la autoficción nació ahí, mucho antes de siquiera conocer el término autoficción. No creo que Fabio lo recuerde ni creo que haya sido su intención traumatizarme, pero yo absorbí su máxima como un mandamiento. Me tracé una nítida línea divisoria: de este lado la escritura valiosa y verdadera, de aquel otro el desahogo, la basura, la piel muerta.

Ése es el problema: me estoy saliendo del huacal. Me estoy usando de materia. Me estoy no sólo mirando el ombligo, sino haciéndolo con vistas a algún día mostrarle mi aburrido, privilegiado y protuberante ombligo al público en general. No muy distinto, en realidad, de Louis XIV cagando en público.

• ● •

Y este otro problema también: ¿Cómo voy a escribir una autoficción verosímil con una hija que insiste en comportarse como personaje? Y no uno de literatura, sino uno de mala película dominguera en la que parpadeas y el protagonista, quién sabe cómo, ya aprendió a pilotear un avión.

• ● •

Cuando mi hija empieza a hablar gaélico lo noto de inmediato. No porque entienda las palabras. Ni siquiera porque reconozca los fonemas o la pronunciación o las cadencias. Me doy cuenta simplemente porque, cuando habla en gaélico, usa el tono universal de las maestras de preescolar.

• ● •

Con este, como con todos los problemas, mi primera aproximación es azotarme. Luego recuerdo lo que me dijo una vez mi padre. Y aunque él me lo dijo tratando de explicarme la filosofía de Wittgenstein, yo lo adopté como un mandato de vida: *Hay problemas que no se pueden resolver, se tienen que disolver.*

• • •

En realidad, no tengo la más pálida idea de qué es la autoficción. ¿Cuál es la diferencia entre la autoficción y la no ficción? ¿O entre la autoficción y la sí ficción? O es sólo un error de dedo, un adorno churrigueresco, o un hallazgo accidental, como cuando, una tarde de 1994, mi primito corrió hasta mí para informarme que "Kurt Cobain se autosuicidó".

• • •

Intento investigar, pero me pasa lo que me pasa siempre con la teoría literaria: se me nubla el cerebro, se me obnubilan los sentidos, no podrían darme más igual las diferencias entre la *ego-littérature* y *l'hétérobiographie* o entre el narrador heterodiegético, pipiridiegético o chu-chu-panflético.

Pero de pronto algo chirría en mi cerebro.

Una luz perfora la niebla.

No sé cómo llegué aquí, no sé cuántas páginas de cosas que no absorbí, pero esto se me grabará seguro. No lo puedo creer, pero tampoco lo puedo des-ver. Va a estropear mi texto porque parece manufacturado. Parece plantado.

Según Wikipedia, la fundadora de la autoficción fue la escritora francesa Colette.

• • •

Nunca he entendido por qué la gente piensa que para escribir hay que estudiar letras. Es como pensar que tienes que estudiar geología para ser ceramista o termodinámica para ser pastelero. Con esto no quiero decir que las letras, la geología o la termodinámica sean más o menos

interesantes o más o menos importantes que la escritura, la cerámica o la pastelería. Ni tampoco quiero decir que la escritura, la cerámica o la pastelería sean más sencillas que las otras tres. Lo único que quiero decir es que, para nosotros los artesanos, el análisis es prescindible. Y de hecho a veces estorba. Lo que no es prescindible ni jamás sobra es la práctica. La escritura es una artesanía porque se resuelve sólo en la escritura misma. En el hacer. Se resuelve no en la cabeza sino en el papel o el teclado: siempre con las manos.

Escribir es un verbo.

Se hace con el cuerpo.

• • •

Hace tiempo que tengo en mi pared un letrero que hice para mí misma y dice: NO ERES PERIODISTA, LAIA. Hoy le sumo otro que dice: LAIA, NO ERES CRÍTICA LITERARIA. Y listo. Fin del embrollo teórico. Disuelto el problema de la autoficción. Este es un texto chuchupanflético y me lo voy a dejar escribir en paz. *Chiri*, bye.

• • •

Excepto, claro, que ni bien matas un monstruo aparece otro. Ahora me entra una nueva duda: Si mi familia y yo somos los personajes de esto, ¿puedo usar sus nombres? ¿Por qué no tengo reparo en nombrar a Fabio o a Wittgenstein, pero sí a mi marido?

El nombre de mi hija viene de una obra de Shakespeare y el de mi marido aparece en tantos títulos que tenemos una colección. No sólo se comportan como personajes, sino que además tienen nombres literarios. Me temo que si los uso, van a parecer plantados.

• • •

Entre los cuadernos del desahogo, que ordeno por año y jamás releo, encuentro una libreta negra, de pasta dura, con flores en la portada. En la primera hoja, que data del primero de enero de 2016, dice: *Este es el año en que conoceré a Olivia*. Luego, se ve que me entró culpa materna preventiva y de cuota de género, porque sumé, entre paréntesis: *u*

Oliver.

Mi hija nació once meses y trece días después de esa anotación. Ni usando el pensamiento mágico-matemático dan las cuentas. Queda claro que se llamaba Olivia antes de existir.

O tal vez habrá quien diga que, si ya se llamaba, ya existía. Que, de algún modo, en algún pliegue de mi imaginación o de la genética o del éter, Olivia ya era Olivia. Yo no tengo la menor duda al respecto, pero la explicación se la dejo a los científicos que estudian las diferencias entre la chaqueta mental y el chuchuflex.

• • •

Olivia, así se llama mi hija.

Tod, así se llama mi marido. Con una sola d.

• • •

Tod está sentado en la cama, tocando la guitarra. Oli está dibujando en el piso. Yo me acuesto en el rectángulo de sol que la ventana dibuja sobre el edredón. Estoy a punto de quedarme dormida cuando de pronto la pinza del mal me abre el ojo. Es como si me hubiera presionado el botón de la furia. Le agarro la muñeca y le grito: ¡Olivia, carajo! ¡¿Estás viendo y no ves?!

Ellos me miran sorprendidos, por mi tono hostil y porque desconocen la expresión.

¿Estás viendo y no ves?, pregunta mi marido divertido. *Arggh*, les rujo y me salgo del cuarto.

Mummy needs some quiet time, le oigo decir a él.

Mummy is a grumpy beans, dice ella.

I heard that!, grito yo.

¿Pero cómo?, grita él: ¿No estás oyendo, pero oyes?

• • •

Tod, con una sola d, es un nombre menos usual que Todd con dos d's, pero es un nombre real. Y es un hombre real con el que llevo viviendo casi trece años. Hemos montado casa en seis países distintos. Nos

queremos. Le hago café, me hace de cenar, nos peleamos por quién ha sacado más veces la basura. En inglés antiguo, Tod quiere decir zorro. En alemán, Tod quiere decir muerte. Cuando vivíamos en Alemania, no me atrevía a llamarlo en voz alta en el supermercado.

• ● •

No tengo idea cuánto gaélico ha aprendido mi hija, pero ya aprendió que lo poco que habla es ventaja. Aprendió que cuando le pregunto, por ejemplo, ¿cómo se dice verde en gaélico?, ella puede decirme casi cualquier cosa y, si logra aguantarse la risa, yo se la creeré. Tal vez es así como los idiomas se vuelven algo sólido, algo serio: inventas una palabra y, si te aguantas la risa, la gente te lo cree y se solidifica. Eventualmente llega al diccionario. Por eso en las fotos de la RAE nunca nadie está sonriendo, por miedo a que se les caiga el teatrito del lenguaje puro y fijo.

• ● •

En seis países, Tod y yo hemos amasado dos colecciones. La primera es de pulpos. Era ya importante antes de Olivia, pero la cosa explotó cuando me embaracé y empezaron a aparecer ropitas, muñecos, lámparas, termómetros de tina, *tupperware*, todo con pulpos. A veces, Tod dice que la infancia de Oli va a terminar el día en que descubra que en las otras casas no todo tiene ocho patas.

• ● •

Oli, ¿cómo se dice pulpo en gaélico?

Keiher.

Pero *keiher* es cuatro.

No, no, no, mamá, *keiher* es pulpo.

Por un momento le creo, pienso que si los franceses dicen “cuatro veintes” para decir ochenta, tal vez los escoceses dicen “dos veces cuatro” para decir animal de ocho patas. Pero luego ella se ríe y se le cae el teatro.

• ● •

La otra colección fue pasajera. Duró sólo los años que vivimos en Alemania. Cuando alguno de los dos pasaba por una librería, revisábamos los títulos usados que suelen tener afuera, en cajas, a la venta por un par de euros, hasta encontrar alguno que incluyera la palabra muerte. Eran libros que no leíamos, porque nuestro alemán no da para tanto, pero los disponíamos en el librero como obras de arte: *Der Tod wartet, 99 Fragen an den Tod, Der Tod ist ein einsames Geschäft.*

• ● •

Con la misma velocidad que se le suman pulpos al departamento, a nuestro pochismo de base se le van pegando palabras rémora.

A la carreola le decimos *passeggino*.

A los pañales, *nappies*.

Al lugar donde se cambian los pañales, *wickeltish*.

Si hay que modificar el calendario pandémico, decimos *sho* te banco.

Para pedir un trozo de pastel decimos un *shtuckito*.

A veces oigo que Tod le ruega a Oli: *Will you please stop squirming like a* chinicuil?

Es como si todo nuestro léxico parental naciera donde lo necesitamos la primera vez y luego fuéramos incapaces de traducirlo. Juntamos palabras como otros compran postales. Ahora también somos gente que dice, a la puerta del colegio, *chiri, chiri!*

• ● •

Olivia y yo no nos decimos *chiri chiri*. Nuestro ritual de despedida es más complejo.

Dura las varias cuadras entre la casa y la escuela y empieza siempre igual. Vamos caminando y ella baja la mirada. Te voy a extrañar, dice.

¿Quieres que te dé una Laita?, le pregunto.

Ella asiente y yo me meto la mano en el abrigo y saco una Laita diminuta e invisible, que le entrego y ella guarda en su camiseta.

¿Puedo tener una Olivita?, le pido. Y ella repite el gesto. Lo que me da me lo guardo en el pecho y hago ademanes de verificar que esté *cozy* antes de cerrarme el cierre hasta arriba.

Algunas veces le doy una Laita especial, que puede volar o caminar por las paredes. O que puede cantar y le advierto que no debe dejar que las maestras la oigan. Si vamos tarde le digo: Oh, no, ¡se escapó tu Laita! Y tenemos que correr todo el parque hasta alcanzarla.

Algunas veces se nos olvida el ritual hasta que ya estamos en la escuela y entonces efectuamos el intercambio en la puerta, rapidito y a través del *face covering*. Somos como los muchos *dealers* del barrio, a los que ves en una esquina, intercambiando algo a toda velocidad.

• ● •

Leith, así se llama nuestro barrio. Es el barrio de *Trainspotting*, suelo decirle a la gente.

Pero ha mejorado mucho desde *Trainspotting*, explico si me miran preocupados. En los últimos siete meses hemos salido de Leith un par de veces. Pero no hemos ido a ninguna parte a donde no podamos llegar a pie o en bicicleta, o en una combinación de nosotros a pie y Olivia en su *scooter*, que es como le decimos a su patín del diablo: un objeto rosa que amamos hasta que ella no lo quiere usar y entonces nos peleamos por quién lo va a tener que cargar.

Por más que Leith haya mejorado, sigue siendo una zona irremediablemente urbana. A veces me cansan la basura y el cemento, pero sólo me entristece de verdad una noche cuando Oli me pregunta: Mamá, ¿los conejos hablan?

Sólo en los cuentos, le digo.

Se queda pensando un rato y luego dice: ¿Pero los conejos son reales o son *pretend*?

• ● •

Me paro en la puerta a escucharla hablarse a sí misma en gaélico, con su tono de maestra:

Shiaz, Olivia, *shiaz!*

Ageshó, Olivia, *ageshó*.

No sé qué se está diciendo. No sé qué le enseñan. No sé qué le estamos enseñando.

• ● •

Lo de los conejos nos deprime, o nos inspira, y el último domingo de septiembre tomamos un taxi. Siento como si fuera un trasatlántico. En parte por el tamaño del coche y en parte por el mareo. Cierro los ojos para no vomitar. Tod charla con el taxista a través de sus respectivos tapabocas y de un plástico que cuelga del techo, sujetado con cinta de aislar.

Abre tus ojitos, me dice Oli, pero le aprieto nomás la mano hasta que llegamos a Dalmeny State. Es un terreno privado al que dejan entrar plebeyos. Ni bien cruzamos la reja, entiendo por qué Tod insistió en que trajéramos el *scooter*. Largas y finas calles grises cortan un campo inmenso, que eventualmente, según el mapa, nos van a sacar al mar, no sin antes pasar por un castillito y algún real jardín real.

A los pocos minutos, Tod dice: *Look*, Oliboli, *highland coos*!

What's a coo?, pregunta ella.

A coo is a cow, dice Tod: es como les dicen aquí en Escocia.

Y en efecto, en el prado que vamos bordeando hay un montón de vacas peludas color café. Son el símbolo nacional, pero nunca había visto tantas tan de cerca. Estoy feliz, al menos mi hija ahora sabrá que las vacas sí existen de verdad.

¿Qué tienen en la cara?, pregunta ella. Se refiere a la cortinilla de pelo que les cae frente a los ojos y las distingue de todas las otras vacas.

Tienen fleco pandémico, dice Tod.

Parecen emos, digo yo.

Están viendo y no ven, dice él.

• ● •

Pasamos un lindo día de campo y mar y árboles otoñales y alguna que otra disputa familiar sobre la mayonesa en el atún de los sándwiches. A las cuatro de la tarde emprendemos el camino de regreso. Las finas calles largas están ahora tomadas por las *highland coos*. Así de cerca intimidan. Tienen los cuernos muy largos. Optamos por dejarles la calle y caminar hasta la reja a través del prado.

Saco mi teléfono y fotografío las vacas. Luego grabo un video de Tod

y Oli que van de la mano unos metros adelante de mí. Cuando una *coo* empieza a correr hacia Tod, yo digo: ¡Cuidado!, pero se nota que mi voz es tranquila hasta que la vaca está demasiado cerca y entonces sí, me espanto y dejo de grabar. El video termina con Tod gritando HEY HEY y levantando el scooter.

Lo que pasó y no quedó grabado es que extendió el scooter frente de él como una lanza o una espada, exactamente entre los cuernos de la vaca y así logró frenarla. Lo que pasó fue que el scooter rosa lo salvó. En el taxi de regreso, intentamos retratar el episodio bajo una luz divertida para Oli que, efectivamente, no está demasiado espantada. Pero él y yo nos apretamos la mano como nunca.

• ● •

Le mando el video a todo el mundo. Mi amigo que creció en una granja en Irlanda lo reenvía al WhatsApp de su familia. Su padre, un veterinario y granjero al que acaban de operar de corazón abierto y no ha dicho ni pío en el grupo por semanas, contesta de inmediato con las siguientes palabras: *DANGEROUS ANIMAL, COULD KILL*.

• ● •

Para cuando las palabras *DANGEROUS ANIMAL, COULD KILL* llegan a mí, han pasado horas del incidente, estamos en casa, ya bañé a la niña y mi marido, como cada domingo, le está desenredando el pelo con una paciencia a la que yo ni siquiera aspiro.

Sería de una ironía terrible, digo, ¡cuidarte por más de medio año de un virus invisible para que te mate una vaca marrón! Es horrible lo que digo y sin embargo no puedo parar de reír.

¿Qué le pasa a mamá?, pregunta mi hija.

Se le bajó la adrenalina, dice mi marido.

Se me subió la bilirrubina, digo yo.

• ● •

Una vez conocí a una mujer que había sobrevivido un cáncer, pero se había sentido discriminada por su aspecto durante la quimioterapia y

quería escribir un cuento para niños sobre cómo tratar a la gente con cáncer. La idea no me interesaba, porque en general no me interesan los libros con mensaje oculto, pero el título nunca lo olvidé: se llamaba *Cancer cooties*.

C*ooties* es una palabra que dicen los niños americanos para referirse a cosas invisibles que se pueden contagiar. Se dice que la palabra ya se usaba en los cincuenta, con ese significado de germen, pero no hay pruebas escritas hasta finales de los sesenta. El Oxford Dictionary se disculpa al respecto con esta frase: *Las palabras de los niños son notoriamente difíciles de documentar.*

• • •

Entiendo algo entonces. De súbito, como si me hubiera embestido la obviedad. No algo sobre los *cooties* ni sobre los *coos*, sino sobre mí. Sobre este texto. Que no es ni una autoficción ni un desahogo ni un diario. Este texto es una colección. Es un intento por preservar un idioma que nunca será ni sólido ni serio. El de mi hija conforme aprende a hablar. El de su papá pochotierno. Y el que me sale a mí de quién sabe qué confines del ego cuando me enojo. En resumen, el idioma que construimos los tres juntos y encerrados y que, al igual que esas lenguas que ya sólo hablan dos viejos en un monte, está destinado a desaparecer.

• • •

He aquí algunas cosas que dijo Oli a finales de octubre 2020:

Cuando su silla queda lejos: *Daddy can you acerc me to the table?*

Cuando la ruedo en el pasto: Otra vez! *Vuéltame* otra vez!

Sobre una explicación que le doy: *N'importe quoi,* mamacita!

Sobre un papel que encuentra en el piso: lo voy a *basurar*.

Sobre sí misma: me pica la *colette.*

• • •

Cuando Oli se duerme, nos servimos un trago y releemos las palabras del abuelo granjero y discutimos el episodio hasta agotarlo. Pero al

final yo lo resumo así: Sabes qué nos pasó con la *highland coo*, ¿no?

¿Qué?

Pues que la estábamos viendo y no la vimos.

Mi marido escupe de la risa el whisky caro.

• ● •

Me pregunto cómo hubiera sido este año si pudiéramos ver al coronavirus. Si tuviera cuernos o un cascabel. Por un lado, sería aún más terrorífico. Por otro lado, quizá no hubiéramos llegado a este punto. Porque cuando estás viendo, ves.

• ● •

Y los titulares, ¿qué dirían? Viuda por una vaca. Lo agarraron por los cuernos. Murió de *un coup de coo*. No, no le hallo. No se me dan los titulares amarillistas. De hecho, son un buen ejemplo de cuando la artesanía es más difícil que la termodinámica.

• ● •

Unos días después, mi amigo irlandés nos regala un llavero con un *highland coo* de madera y lo colocamos en el librero, desde donde nos está viendo pero no nos puede tocar.

• ● •

Esto es lo que sé sobre el otoño 2020: lo que no te mata te hace más viejo.

• ● •

Algún día, cuando Olivia pregunte por la pandemia, levantaré el dedo y, dispuesto en el librero, entre el pulpo de vidrio y el de acero, junto al *highland coo* de madera y nuestro ejemplar de *Der Tod in Venedig*, estará este texto: con sus tres personajes y sus demasiadas patas.

CARACOL,
CARACOL

Invierno 2020-2021



Mi marido es un científico.

En realidad, es un científico social.

En realidad, es un sociólogo que estudia, como si fueran ratas, bases de datos de las que extrapola redes sociales. Cuando termina una red siempre me la muestra. Me gustan porque forman bonitas constelaciones de esferas o cuadritos o diamantes, según la leyenda que elija.

Mi marido es un científico social que dibuja constelaciones. En sus pocos ratos libres toca flamenco. Su entusiasmo sólo flaquea cuando nuestra hija irrumpe en el cuarto y grita, *I HATE FLAMINGO*!

• ● •

Desde que era bebé, a mi hija le gusta este juego: se sienta encima de mí y me agarra los cachetes con las palmas de sus manos. Si las sube, sonrío. Si las baja, entristezco.

Algunas veces a mí también me gusta el juego y exagero los gestos tratando de emular las máscaras de la comedia del arte. Otras veces me siento como un bulldog abusado y termino bajándola de mis piernas y saliéndome del cuarto.

• ● •

En las primeras semanas del confinamiento, la vecina de arriba dejó un oso amarrado en la escalera, a la altura de nuestro departamento. Era un gesto eco de los miles de osos que la gente había colocado en las ventanas, para que los niños los encontraran durante su caminata diaria permitida. Pero éste era sólo para Olivia, que es la única niña en el edificio. También dejó una tarjeta, con un arcoíris, que es lo otro que la gente estaba dejando en las ventanas, y con una nota presentándose. El oso se llama Ted y mide diez centímetros de alto por tres de ancho. Desde el primer día, le hicimos una camita con trapos. Pronto, la vecina dejó tres diminutos sofás de terciopelo. Sumamos a un mini chango y un mini perro. Ella sacó una tetera con tazas y platos dorados, no más

grandes que una moneda.

Nosotros sacamos unas muestras de alfombra que sirven de tapetes. Ella sacó una televisión de una pulgada. Mi marido amarró una guirnalda de luces al barandal. La vecina sacó un pastel de porcelana.

El todo ocupa no más de veinte centímetros cuadrados, pero es una parte de nuestro día desde hace meses. Hay que despertar a Ted en las mañanas, despedirnos de él cuando salimos, Oli se sienta en la escalera a leerle libros por la tarde y las más de las noches sale a darle un beso y apagarle su luz.

En los cumpleaños familiares por Zoom, siempre salimos para compartir la fiesta permanente en la que viven Ted y sus amigos, con sus foquitos de colores y su pastel que nunca merma.

Ningún cartero ni vecino ni repartidor, ninguno de los *junkies* que a veces se meten al edificio, ha tocado la salita de Ted. Impone respeto. Le da calidez de hogar a un espacio de tránsito. Y seguramente le presiona, a quien quiera que pase, el botón de la ternura.

Pero conforme los días se acortan, la escalera se va poniendo inhóspita y yo empiezo a resentir el ritual porque se me enfrían las nalgas en el escalón de piedra y porque es un pleito que Oli se abrigue antes de salir. Un día finalmente la convenzo de que traslademos todo adentro. No se me ocurre que esto va a entristecer a la vecina, que vive sola y que aún de vez en cuando le suma objetos a la escenografía. Menos se me ocurre que me va a entristecer a mí. Pero sí. Aunque diminuta, la mudanza mueve algo en mí. Me da nostalgia. Es una nostalgia por un periodo espantoso pero especial y que, conforme junto miniaturas en una canasta para mudarlos cuatro metros hacia adentro de mi casa, ya añoro. Es una nostalgia tipo síndrome de Estocolmo, supongo. Pero es real y cuando es hora de montar la salita adentro no le encuentro sitio en casa, y se van apilando las semanas, y cada vez que veo la canasta es como que me duele el final de una era que en realidad aún no acaba.

• ● •

¿Cómo te fue en la escuela, Olivia?

Muy mal.

¿Por qué?

Porque te extrañé mucho.

¿Y no sacaste tu Laita?

Sí, la saqué para pedirte que te apures.

Me toma un rato más de interrogatorio sutil entender lo que está pasando. Resulta que las Laitas invisibles, que yo le entrego como acompañantes, ella las usa como un teléfono celular. Se saca la Laita del abrigo no para jugar con ella, sino para *pretend* que puede hablar conmigo.

No debería sorprenderme, en realidad. Los niños imitan lo que ven y yo trato a mi celular como a una inseparable dama de compañía.

• ● •

En el primer mes del encierro, una noche Tod no llegó a dormir. No quiero decir que se fuera a alguna fiesta ilegal, sino que se quedó toda la noche trabajando en la sala.

Lo volvía loco que en Escocia no tuviéramos manera de visualizar la curva que debíamos aplastar. El gobierno publicaba cada día los datos de casos nuevos, pero no había manera de comparar con el día anterior. Así que se pasó una noche programando una *shiny app* (ése es el nombre técnico, no es un adjetivo mío), donde se puede visualizar la progresión del coronavirus en todo el país. Es una interfaz sencilla: a la derecha, una gráfica ocupa la página y, a la izquierda, hay una serie de variables que uno puede controlar para mover la gráfica. Algunas (casos, muertos, hospitalizados, tests, etcétera) las entiendo bien, pero otras (Escala logarítmica. Modo exponencial. Modo logístico. *Include 7 day moving average*) no las entiendo aunque me las ha explicado mil veces.

Mi relación con la gráfica es la de un bebé: si la curva baja, sonrío; si la curva sube, entristezco.

• ● •

En el parque afuera de la escuela gaélica hay dos grandes troncos

caídos. Olivia decide que son dragones. Decide que están dormidos. Decide que debemos montarlos y combatir enemigos. He empezado a traer guantes y un termo con café cuando la recojo, porque sé que terminaremos pasando un buen rato sobre los troncos. He notado también que ella está en los dragones, pero yo estoy en los troncos. Accedo al mundo imaginario sólo por fracciones de instante. Luego quiero mi café y acabo mirando mi teléfono. Mi hija se enoja, pero también se enoja cuando sí juego, porque le parece mal todo lo que sugiero. No me deja improvisar. Me da órdenes y entonces yo también tengo tres años y acabamos peleando entre nosotras en vez de contra los malos.

• ● •

Esta pandemia no sólo aún no se acaba, sino que está resurgiendo, vamos en picada. Lo sabemos desde el principio, claro, que el frío iba a empeorarlo todo. Pero una cosa es saber que viene la ola y otra cosa es surfearla.

• ● •

Con mi mamá también suelo acabar peleando. Dejamos de vivir en la misma ciudad cuando yo tenía 16 años y establecimos la rutina que hemos sostenido por dos décadas: extrañarnos desesperadamente, viajar para encontrarnos, estar juntas hasta el hartazgo, separarnos aliviadas, repetir en unos meses. Pero pelear lo hemos perfeccionado. Nos peleamos igualmente bien en presencial como por videollamada. Y eso desde 1999. No sé qué dirían los psicólogos, pero los historiadores del arte dirían que estábamos adelantadas a nuestros tiempos.

• ● •

Los días que no hay escuela, que son cinco días a la semana, porque vivimos en el mundo al revés, llevo a Olivia al parque. Hace frío, está lloviendo, no quiere patear la pelota, no quiere subirse a la bici. Le digo que hay un monstruo, a veces cede, recogemos palos y le picamos la panza. A veces sólo dice: ¡No, no, no hay ningún monstruo, mamá, no

hay!

Trato de recordar qué hacíamos en mi jardín durante toda la infancia, pero de lo que me acuerdo es de mis primos jugando y yo en la hamaca, con un libro, por regla general de malas. Debo haber sido insoportable, yo, siempre con ganas de leer o de pelear.

Me llega una canción de la nada: Olivia, le grito, escucha esto. *Éste es el juego del calentamiento, se jue…*

No, ¡no hay ningún *coletomiento*, mamá, no hay!, dice blandiendo un palo contra un árbol. Aquí sólo hay un monstruo dormido, dice, y lo voy a matar.

Me quedo pasmada, oyendo el golpeteo de la lluvia en mi capucha mientras trato de echar el tiempo atrás: sé que mi hija conoce el verbo *morir,* pero ¿en qué momento aprendió el verbo *matar*?

• ● •

La nueva variante inglesa del covid está haciendo estragos. Se cierran una vez más las fronteras mundiales, sólo que ahora somos nosotros los apestados.

Me imagino al primer ministro en videollamada con sus asesores de salud pública. Hay una nueva cepa mutante, le explican: se transmite seis veces más fácil que la anterior y es siete veces más mortal.

Bueno, dice él con una sacudida de copete, pero podemos *pretend* que no existe.

• ● •

La última vez que vi a mi mamá en persona fue en febrero 2020. Fui a acompañarla mientras le hacían quimioterapia. Le llevé unos turbantes con flores y pasamos unos días en una casa prestada en San Miguel de Allende. Fue la última vez que salí de Edimburgo y, en retrospectiva, es difícil de entender: el coronavirus ya estaba matando gente, pero yo crucé el Atlántico como si nada. Es más, cuando volví a casa y mi marido me recibió con un gel de manos y me hizo ponérmelo antes de abrazarnos, recuerdo que mandé una foto burlona del gel al WhatsApp de mi familia. ¡La vida con un gringo!, escribí de pie de foto.

• • •

En mi casa la ola en Escocia es visible y revisada a diario vía el *shiny app*. En el verano recuerdo verla bajar hasta coincidir con el horizonte, fue ese mes que anduvimos libremente en bicicleta por la ciudad. Ahora de nuevo se alza en montaña: trescientos casos diarios, seiscientos, mil doscientos, dos mil. La gente muere sin que le tocara. La gente muere sin poder despedirse. A estas alturas de la pandemia las curvas de todos lados son visibles, se encuentran fácil en internet, y la de México es una cresta enfurecida. La gente muere por falta de oxígeno. Y de algún modo por falta de dinero. Si no hay dinero, no hay oxígeno. La misma asfixia de siempre, pero multiplicada. Imparable. Enloquecida.

• • •

¿Por qué le enseñaste la palabra *matar*?, pregunto acusatoria en la siguiente videollamada con mi mamá.

Ella me contesta tranquila: Por si las moscas.

Por si las moscas ¿qué?, le digo.

No por si las moscas, me corrige. Por las moscas. Porque me ve matando moscas cuando hablamos.

Ah.

Y me pregunta qué haces, y pues qué le voy a decir.

Le podrías haber dicho que estabas papando moscas.

¿Papando, qué es *papando*?, pregunta mi hija.

Es lo que hacen los papás, dice mi mamá.

No le inventes cosas, pido yo.

Oh, pues, si le digo matar porque le digo la verdad, si le invento qué es papar porque le invento cosas, ¿quién te entiende?

Las moscas, digo.

Pero no se ríen y sí me piden, como siempre que están en videollamada, que por favor me salga del cuarto.

• • •

No sé jugar, le digo un día a mi marido. Él hace la sonrisa cuidadosa de

cuando no sabe si hablo en serio.

Como yo no sonrío, él dice: Lo siento.

¿Estás diciendo que no sé jugar?, le digo.

No, estoy diciendo que siento que sientas que no sabes jugar.

Pero asentiste.

Laia, ¿a qué estás jugando?

A veces pasa esto, dice algo que me hace ver mi ridiculez y en vez de pelear reímos.

Pero no siempre pasa y me gustaría saber qué dirían los psicólogos sobre esta tendencia a buscar pleitos donde sólo había empatía.

• ● •

Supongo que buscar pleitos no es muy distinto a beber para distraernos. Al modo en que puedo comer "sólo una rebanada" equis veces hasta que no queda ni una migaja de pastel. Al modo en que blando mi teléfono como una espada. O no, como un matamoscas. Hace bzzz un sentimiento desagradable y yo blando el teléfono para sepultarlo. Hace bzzz el paisaje y yo blando el teléfono para registrarlo. No sé qué dirían los psicólogos, pero se me ocurre una canción: *éste es el juego del entumecimiento…*

• ● •

Mamá, ¿quieres jugar?

Olivia, no son ni las seis de la mañana.

Pero es que…

Vete a tu cuarto por favor, ¿por qué no puedes jugar sola cuando te despiertas? ¡Yo necesito dormir, carajo!

Bueno, no te enojes, mamá, es solo que no me gusta tanto jugar *sintigo*.

• ● •

Cuando vivíamos en Madrid, mi marido se pasó tres años ahorrando para una guitarra nueva. Se la hizo un amigo suyo, con una madera rojiza que recuerda al coral. Por eso se llama La Coralina. Son un poco

como una pareja, Tod y la Coralina. Cuando no se tocan, se extrañan. Él se va malhumorando y ella languidece en un rincón del cuarto. Cuando se reencuentran, florecen. Él la toca sin prisas y ella se deja hacer. Pasan del flamenco al jazz, improvisan, tocan menos tango que cuando vivíamos en Argentina, pero a veces se inspiran y vuelven a músicas pasadas. A veces se ponen directamente folclóricos, aparecen partituras de Atahualpa Yupanqui en la sala, y entonces la casa suena no a nuestros departamentos europeos sino a la terraza de mi infancia en La Pitaya, donde mi papá tocaba música latinoamericana y entonces yo tengo otra vez nueve años y me da nostalgia por el final de una era que no vi terminar, pero definitivamente terminó, y a veces me echo a llorar porque sí, por una canción.

Y es que tal vez yo no sé jugar, pero sí sé entrar en personaje y sé viajar al pasado y sé enredarme en sus tentáculos hasta que duele y el problema es que a veces, algunas veces, no sé muy bien cómo salir de ahí.

• • •

O tal vez sólo estoy deprimida porque a diario anochece a las 15:30, o porque en algún momento de noviembre dejé de correr y de moverme y ya casi no tomo el aire fresco. O tal vez sólo estoy deprimida porque hay una pandemia global.

• • •

Tal vez el problema, le digo a mi marido en otra ocasión, no es que no sepa jugar, sino que me estoy tomando jugar demasiado en serio. Si mi hija quiere matar malos por qué tengo que decirle: No matamos, sólo picamos la panza.

Él dice: Creo que, en general, decirle que no matamos no puede ser un mal mensaje.

Odio cuando tienes razón, le digo.

Es porque no sabes perder, me dice.

• • •

En español, mi marido toca La Coralina. Pero en inglés juega con ella. No me parece gratuito que *play* sea jugar y sea tocar.

Hay algo ahí, hay algo que tocamos al jugar. Y que yo rozo apenas, que no alcanzo a abrazar. Es posible que esté problematizando o psicoanalizándolo, pero no lo estoy inventando. La prueba está en el grito que Oli pega de vez en cuando. Es un grito tan minimalista como acertado. Es cruel en su diagnóstico y dice así: ¡MAMÁ, NO TELÉFONO!

• • •

Cuando mi hija tenía un año, la encontré un día sentada en las piernas de mi madre con sus manitas en cada uno de los cachetes de su abuela. Se miraban a los ojos y las únicas palabras salían de la boquita de Oli, que apenas sabía hablar y que sólo repetía: Selene, Selene, Selene.

• • •

Selene, así se llama mi mamá.

• • •

Viajar por el tiempo e imaginarle nuevos pliegues. Leer y pelear. Pelear contra un párrafo, afilarlo como punta de obsidiana hasta poder confiar en que, una vez lanzado, tocará alguna fibra, algún botón muy adentro de alguien que ni siquiera conocemos. No sé qué dirían los psicólogos, pero sé qué dirían los escritores: es chamba. Es juego, pero es un juego serio. Es nuestro trabajo.

• • •

Cada vez que saco el celular en medio de un juego con mi hija, cada vez que le saco una foto, aunque ella diga NO FOTO, ¿qué está operando en mí? ¿Es la nostalgia preventiva de una era que terminará? ¿Es un juego de poder? ¿O es que el presente, tanto sus luces como sus sombras, me queman, no las aguanto, debo escapar?

• • •

Esto es lo que dicen los psicólogos, o por lo menos Philippa Perry: dice que estar con un niño y con tu teléfono es como no estar. O como sí estar en el mismo espacio, pero drogado o borracho o en depresión profunda. Para el niño la condición da igual: el resultado en la psique es el de vivir con un progenitor ausente. Este dato me escuece. Pero este dato no disminuye las veces que le sirvo el desayuno a Olivia y en vez de sentarme a comer con ella me pongo a checar mi mail, de pie, con un café en una mano y el teléfono en la otra.

• • •

El 6 de diciembre de 2020 vacunan a los primeros escoceses, aterriza Selene en Edimburgo, y yo recibo por correo una caja blanca.

• • •

A finales de noviembre sacamos a Olivia de la escuela para estar bien encuarentenados cuando llegara este día. Olivia pasa la mañana pegada a la ventana y cuando por fin ve un taxi no puede parar de brincar. En contraste, lo primero que veo de mi madre dos pisos abajo es su cansancio. Y su pelo, ha pasado tanto tiempo que ya tiene pelo otra vez. Bajo por su maleta y la sigo por las escaleras sin tocarla. Hace horas y horas que no se quita el tapabocas. Echa toda su ropa a la lavadora. Se baña. Sólo entonces nos abraza. Es la primera persona que cruza el umbral de nuestra casa en nueve meses. A menos de que contemos a Ted, el osito, que sigue sepultado en su canasta.

• • •

Casi lo primero que hacemos, cuando Selene llega, es abrir su maleta y sacar un caracol de bronce. En mi vida he tenido muchos objetos, pero éste es mi único tesoro. Es una réplica del caracol que Iker Larrauri esculpió para el patio del Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México. Es veinte veces más pequeño que el del museo, claro, puedo cargarlo en la mano, pero igual es pesado y a mis ojos es aún más hermoso. Mando una foto al WhatsApp de la familia, del caracol y de Selene. Sanos y salvos, escribo a pie de foto.

• • •

Una mañana abro los ojos y la luz en mi cuarto está distinta. Es probable que sólo sea porque desde que llegó mi madre, Olivia ya no me despierta de madrugada. Pero no, hay algo distinto, algo demasiado blanco. Sólo compruebo mi sospecha cuando mi hija irrumpe en el cuarto y grita: ¡Mamá, mamá, está *navidando*!

• • •

La última vez que nevó tanto en Escocia fue en 2018. Todo cerró por tres días. No había ni leche en el supermercado. A mi marido y a mí, que habíamos pasado inviernos en Wisconsin, el asunto nos parecía de risa loca. Pero en ese momento, cuando aún no imaginábamos El Gran Paréntesis de 2020, los días de nieve nos dieron un breve y feliz paréntesis que Olivia aprovechó para aprender a caminar.

Claro que hubiera aprendido con o sin nieve, pero en mi recuerdo aprendió porque el mundo se frenó y nosotros nos sentamos a mirarla. Tenía ya quince meses y aún gateaba para todos lados. Pero ese día la llamábamos por turnos, cada uno desde un extremo de la sala, y ella iba y venía, gateando cuando no había más opción que soltarse del sofá o la pared. Hasta que una vez no gateó. Se abalanzó en los pies y se cayó. Se levantó y repitió. Y repitió. Y repitió hasta que caminó, y nunca más volvió a las cuatro patas.

• • •

La nostalgia es un querer y no poder, o un querer y no querer, echar el tiempo atrás.

• • •

Olivia cumple años. Tod, Selene, ella y yo pasamos la mañana haciendo pastelitos. La convencemos de que somos cuatro en su fiesta porque cumple cuatro años. También le envolvemos cuatro regalos. En la tarde, algunos amigos nos visitan y les pasamos pastelitos en los escalones de la calle. Una amiga trae en la mochila a su segunda bebé, que nació durante el confinamiento y no habíamos conocido. Tengo un impulso

mamífero por cargarla, abrazarla, olerle la cabeza. Pero no me muevo de mi escalón, claro. Todos mantenemos la distancia.

• ● •

Cuando empiezan a gatear, los bebés avanzan hacia atrás. Es porque tienen más fuerza en los brazos que en las piernas, pero siempre me ha parecido que hay ahí mucha metáfora. Los psicólogos quizá dirían que antes de crecer, entramos en regresión. Los mexicanos diríamos: dos pasitos pa' delante y uno para atrás.

• ● •

El síntoma más claro de que yo entro en regresión cuando mi mamá visita es que me salgo de la casa sin la bolsa. Pero ahora, como no vamos a ningún lado, eso no pasa y entonces me siento más adulta a su alrededor.

• ● •

Soy hija única. Si veo hermanos peleando, asumo que esa familia está por terminar. De igual modo, me cuesta entender la relación tan perfecta entre mi hija y mi mamá. O tal vez me da envidia nomás, que puedan jugar por horas sin pelear. Tod dice que es normal, pero yo no sé porque no crecí con abuelos cerca. Lo más cercano que tuve fueron Iker y Mayán, mis tíos abuelos. Son también los padrinos de Olivia. La penúltima vez que fui a México, vestimos a Oli de blanco y ellos nos hicieron una fiesta preciosa en su jardín. La última vez que fui a México, Iker ya no nos reconocía y Mayán me regaló el caracol.

• ● •

La nostalgia opera en espiral. Dos pasitos al pasado, uno hacia el futuro que no será. La nostalgia es un caracol.

• ● •

Macron tiene coronavirus, me informa mi mamá con el primer café. Me da su teléfono y veo a Macron decir que si él se contagió del virus es

“prueba de que el virus puede afectar a cualquiera”. Todo se me eriza, a pesar de que en la siguiente frase se explica: lo que quiere decir es que te puede dar incluso si has sido extremadamente cuidadoso.

Me pone de pésimo humor, pero también reconozco rápido por qué me irritó tanto. Es porque conecta con un botón interno mío. El botón censor. El viejo botón de la autoficción. El viejo botón que descarta cualquier experiencia privilegiada por el mero hecho de ser privilegiada y determina, en un típico *non sequitur*, que Macron NO tiene derecho a diferenciarse del resto de los mortales y yo NO tengo derecho a escribir este texto.

Le devuelvo el teléfono a mi mamá y pienso en los post-its sobre mi escritorio: NO ERES PERIODISTA, LAIA y LAIA, NO ERES CRÍTICA LITERARIA. Por un momento, antes de que me haga efecto ese primer café, considero ponerme un tercero que diga: LAIA, NO ERES EL PRESIDENTE DE FRANCIA.

• ● •

Por semanas no le enseño la caja blanca a nadie, ni siquiera la menciono ni la saco de su empaque. Pero en Navidad me la envuelvo bajo el árbol y hago una demostración pública que es, a la vez, una promesa a mí misma. A la caja le cabe el teléfono. Lo encierras, presionas unos botones y la caja se cierra. No hay manera de abrirla hasta que termine el tiempo que elegiste. Mi hija, que recibió un botiquín de doctora y una familia de minúsculos ratones, piensa que mi regalo es lo mejor que ha visto en su vida. Adopta de inmediato un nuevo grito de guerra: MAMÁ, TELÉFONO EN LA CAJA.

• ● •

Solía decir, para simplificar, que mi papá tenía enfisema pulmonar. Pero no es exacto. En realidad, tiene una cosa que se llama EPOC. La diferencia es de grado, el EPOC es un poco menos grave que el enfisema. Este año me he aferrado con fervor a esa diferencia de grado, que no sé si es de cinco o de noventa y cinco grados. Pero cuando en medio de la noche me lo imagino, con más de setenta años, viviendo

solo, sin seguro médico, en un México que ahora es el tercer país con más muertos de covid en el mundo, me repito: no tiene enfisema, sólo tiene EPOC.

• • •

Selene y yo, que tenemos nuestra embarradita de cultura pero pésima memoria, nos sabemos un solo poema y dice así: Caracol caracol que va por el sol, en cada ramita llevaba una flor, que viva la gracia que viva el amor, que viva la gracia de aquel caracol. No sé quién lo escribió, pero sé que mi mamá lo recitó en preprimaria y nunca lo olvidó, y como no estamos para romper tradiciones, se lo enseñamos a Oli.

Caracol, caracol, repite ella con sus erres suaves y el mismo entusiasmo nulo con que yo repetía las tablas de multiplicación.

• • •

El 31 de diciembre en el Reino Unido se rompe otro récord local de contagios. Se registran 55,892 nuevos casos. Se mueren 964 personas.

• • •

Faltan siete horas para el año nuevo y como mi teléfono está encerrado no sé qué hacer conmigo misma.

El problema con el 2021, le digo a mi familia, es que da la falsa impresión de que iremos a algún lado cuando en realidad no podemos ir a ningún lado. Oigan esto: Veinte veinte. Veinte-veinte. El mensaje es claro, ¿no? Más de lo mismo, repetirse, darse de topes, pero en cambio… ¿me están pelando?

Tod medio asiente sin dejar de tocar la guitarra, Oli ni siquiera me mira, mi mamá dice, ¡sí, sí, *un cul de sac*!

Exacto, le digo, veinte veinte suena a callejón sin salida. En cambio, ahora oye esto: veinte, veintiuno, ¿lo sientes?

Mi mamá asiente, pero con cara de *not really*.

Lo repito, ahora acompañando las palabras con las manos. Veinte-veintiuuuno. ¿Lo sientes?

Tiene como impulso, me dice.

¡Exacto! Tiene como algo voluntarioso, algo ascendente, o más bien como para adelante. Es como que nos quiere hacer creer que otra vez arrancamos, otra vez vamos hacia el futuro.

¿Cuándo dejamos de ir hacia el futuro?, pregunta Tod.

En el 2020, le digo.

Él contesta con un chasquido disonante, casi distópico, de La Coralina.

¿Pero sí lo oyes, o no?, le insisto poniéndome de pie. Veinte, veinte, digo moviéndome como un robot. Veinte, veintiuuuuuno, digo, y me mezo tan fuerte para adelante que aterrizo en el sofá.

Mi hija entonces se interesa y viene a mecerse conmigo. Entiende el juego de inmediato y sin explicaciones. Decimos veinte veinte rígidas y luego decimos veinte veintiuuuuno balanceándonos hasta caernos. El sofá me cacha a mí y yo la cacho a ella. Mi mamá se balancea también, aunque sin levantarse de su almohadón en el piso. Tod nos musicaliza, toca un acorde menor para el veinte veinte, uno mayor para el veinte veintiuno.

Es divertido, pero después de unos cuantos péndulos yo quiero parar y Olivia quiere seguir. ¡Uno más!, pide, ¡uno más! Yo accedo y accedo hasta que ya no accedo más y entonces ella se echa a llorar.

Faltan seis horas y cuarenta y siete minutos para el año nuevo.

• • •

Entre mis muchos defectos está que no leo lo que me recomiendan. No voy a justificarlo porque es injustificable. Sólo diré que siempre he sido así. Por eso Tod hace cara de sorpresa cuando me encuentra leyendo *Time's Arrow*, de Martin Amis, que lleva por lo menos diez años recomendándome, porque sabe que me gustan los libros que no van hacia el futuro. Ni bien empiezo no entiendo que no lo haya hecho antes. Es de una genialidad insospechada. Y entonces, como con todos los libros que adoro y devoro, no lo termino de leer jamás. Tampoco lo voy a justificar.

• • •

Ya dijeron que van a cerrar las escuelas otra vez, me dice mi mamá con el primer café.

Ya lo veíamos venir, pero igual es como una cubetada de hielo.

¿Entonces te quedas otro mes?, le pregunto. Es un *non sequitur* pero vale la pena probar.

Ay, mami, me dice, porque desde que tengo memoria me dice mamá a veces, algo sobre lo cual los psicólogos tendrían mucho que decir.

No es chantaje, me apresuro a aclararle, y luego le hago un chantaje: ¡Es sólo que todo va a ser muy difícil sin escuela y *sintigo*!

• ● •

Un día mi mamá convence a Oli de que me deje al menos observar cómo juegan.

Prometo que no diré ni pío y aunque al principio noto a mi hija consciente de mi presencia, y aunque sufro al notar que la incomodo, me quedo como mosca en la pared y al rato ella se olvida de mí. Tienen dispuestos a todos los muñecos en el suelo. Olivia es la doctora y Selene es la enfermera con una mano y la recepcionista con la otra. Los pacientes son todos los peluches de la casa. El primero es un elefante que sufre de empacho. Hace años no oigo esa palabra, pero aún más me sorprende el léxico de la curación: Olivia le "soba la panza", lo gira y le "jala el pellejo del espinazo". Luego cura muñecos de un hueso roto, de gripa, de un esguince, de moquillo, de un mal de amores y hasta de covid. Al de covid lo vacunan, noto, y no digo ni que se ve muy joven para ser vacunado, ni que no estoy segura de que puedas vacunar a alguien mientras está enfermo. No digo nada de nada. Cuando la cuarta pared se rompe es porque Olivia por fin me mira y dice: Mamá, ¿puedo tener un *snackito*?

• ● •

Lo que mi mamá quiere decir, cuando me dice "Ay, mami…." es lo mismo que yo intento comunicarle a mi hija, cada día antes de salir de casa. Significa: No insistas, por favor, porque mamá tiene que irse a trabajar.

• ● •

Jitomate, vacilar, pues sí, pues no, y a mí qué, me hice bolas, chimisturro, chipil, chipichipi, chingaos. Son algunos de los mexicanismos que Olivia ha adoptado tras un mes con su abuela.

• ● •

Se va la abuela y cierran las escuelas. Ahora además del mundo al revés, es como que echaron el tiempo atrás. Estamos otra vez a merced del calendario pandémico. Sólo que viajar al pasado es siempre un espiral, nada es exactamente igual. Si bien en la primavera los turnos eran largos, por lo menos había luz solar. Ahora debemos amanecer de noche y extender los juegos de interiores hasta la locura. Aparecen nuevos amigos imaginarios (Chuche, Manita) y nuevas variantes del virus (la brasileña, la sudafricana). La curva crece como tsunami y arrasa cada vez más países. Dos millones de personas han muerto. Una red negra que se teje y expande. Una constelación de dolor imposible de visualizar.

• ● •

El 11 de enero vamos caminando al parque y Oli me cuenta un cuento muy complicado, de un oso adentro de un museo que se muere y renace en un huevo de gallina. Es tan extraño que saco el teléfono y lo grabo. Pienso que llegando a casa se lo mandaré a Mayán. No sé si Iker, que ha estado en cama, lo oirá, pero creo que a ella la hará sonreír. Todo lo que tiene que ver con museos, incluida la novela que llevo cinco años escribiendo, me hace siempre pensar en ellos. Luego se enreda el día y no mando la grabación y esa misma noche en el WhatsApp de la familia aparece esta frase: *Familia, no hay otra manera de decir algo como esto*: *Iker falleció hoy.*

• ● •

En el verano de 2019, que fue la última vez que tomamos vacaciones, fuimos a Italia y visitamos la casa de Piero della Francesca e hicimos el peregrinaje para ir a ver su famosísima Madonna del Parto. Desde

entonces, por alguna explicación confusa que dimos, sobre por qué íbamos a la casa de un señor que estaba muerto o sobre por qué un cuadro vive en un museo de un solo cuadro, Olivia construyó su propia definición de la muerte y de la pintura. Si oía que alguien se murió decía: Ah, como Piero, ¿no? Y si oía que alguien pintaba decía: Ah, como Piero.

Cuando en enero se muere Iker no hago más que llorar por un par de días. Y le recuerdo esa anécdota a Tod y a Olivia. Pero ella no recuerda su propio refrán de "como Piero, como Piero" y, además, ella no necesita ni símiles ni metáforas y me dice, simplemente: Es que pues estás muy triste pues porque se murió tu abuelo.

• • •

Miro los homenajes que aparecen en Facebook. Entrevistas en video que nunca he visto. Iker en la sala 1 del Museo Nacional de Antropología, frente a su mural de la megafauna. Iker en la casa donde pintábamos juntos los miércoles. Él me decía que podía fumar en su estudio, porque decía que, como exfumador, apreciaba el olor. Pero a mí me daba pena apestar la casa y me salía a ese patio, donde fumaba junto a la escultura en piedra de un gato. Antes, de niña, en el patio de su casa anterior había unos gorilas que me fascinaban. Ahora tengo el caracol. Mis recuerdos de él, como este texto, están ordenados por animal. Eso hacemos la gente con pésima memoria, hay que anclar las cosas a algo y cuando no somos buenos para los números, hay que echar mano de otras cosas. Un color, un rostro, una ciudad. Pero los animales, claro, no son buenas anclas, no paran de moverse, y entonces los recuerdos trinan, galopan, te embisten, se enroscan, se echan a volar.

• • •

Un día entro a la cocina y encuentro a Tod muerto de la risa y a Oli confundida: ¿Pues qué? ¿Qué onda contigo, papá? ¿Pues qué te pasa?

Disfrutamos el *pueseo* con nostalgia preventiva, sabiendo que durará poco. Cuando se reabran las escuelas y vuelva el gaélico, los

mexicanismos se irán cayendo por la borda, acabarán en algún rincón del olvido, entre "está *navidando*" y "*n'importe quoi,* mamacita" y "como Piero, ¿no?"

Este texto es una red para cacharlos.

• • •

Cuando mi mamá y su hermano eran niños, Iker pasaba por ellos en su motocicleta y se los llevaba a pintar soldaditos para las maquetas del Museo del Caracol, en Chapultepec.

Más grande, cuando trabajaba para los Museos Escolares, mi mamá donó su amado póster de Warren Beatty porque después de meses montando el museo de Acámbaro, el día de la inauguración seguía vacía la placa de Morelos. Entonces le entintaron las mejillas a Warren, le pintaron un paliacate y lo pusieron junto a la placa dos minutos antes de que entrara el gobernador. Nadie lo notó.

• • •

De Selene, de Iker y de Mayán, aprendí las mismas tres grandes lecciones:

Uno: respeto por las cosas que importan, es decir por los seres humanos y sus quehaceres; es decir, por el juego igual que por el trabajo.

Dos: irreverencia ante todo lo demás porque nada es para tanto.

Tres: frente a la vida conviene ir blandiendo la espada de la curiosidad.

• • •

A veces me cacho acariciando una revista con mi índice y pulgar, como si no supiera que al papel para hacerle *close-up* hay que de hecho acercártelo a la nariz. Y así mismo me cacho haciendo *rewind* con todo después de leer *Time's Arrow*. Diciembre 2020: no hay cáncer pero hay pandemia. Diciembre 2021: no hay pandemia pero hay cáncer. Enero 2021, no hay Iker y no puedo abrazar a Mayán. Enero 2020: estoy en Cuernavaca, comiendo cecina con Iker y Mayán. ¿Qué pasó en medio?

Acaricio este texto y veo destellos. En algún momento del año Oli hablaba francés, en algún momento yo corría de madrugada, en algún momento me burlé de Tod por usar gel de manos. No es que en este año de encierro pasaran más o menos cosas que otros. Es sólo que tomé notas. Es sólo que me detuve a ver. Este texto es nomás eso: un esfuerzo por pausar y hacer *close-up*, antes de hacer otra vez *play*.

• ● •

No puedo evitar pensar en Iker como en el oso del museo del cuento de Oli. Pensar que va a encontrar un huevo de gallina dorado para renacer. En realidad, de algún modo renace cada vez que alguien recorre uno de sus museos, se detiene frente alguno de sus cuadros y aquí, conmigo, también: cada vez que miro el caracol y siento, a la vez, el jalón hacia el pasado y la curiosidad por el futuro, que tira siempre pa 'lante.

• ● •

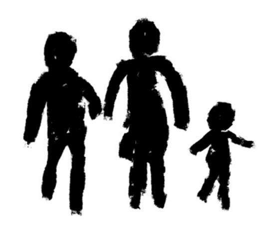
Este texto es una red, un museo, una flecha, un caracol. O quizás es nomás una carta. Olivia, si lees esto, esto es para ti. Te lo estoy escribiendo porque no vas a poder echar el tiempo atrás. Te lo estoy escribiendo para que sepas que te vi.

Y porque si un día me preguntas por este año, podré entregarte este espiral de letras y decirte: Mira, asómate, no la pasamos mal, teníamos suerte: la pasamos encaracolados.

Y también esto otro: Es posible que discrepe tu psicólogo, pero yo digo que formábamos una bonita constelación.

DAONNA

Primavera 2021



Mi hija es una *detectiva*.

Lo sé porque un día que la encuentro recorriendo el pasillo a cuatro patas le traigo su pequeña escoba y le sugiero que, ya que se anda arrastrando, barra de una vez la casa.

Pero ella entonces blande una lupa que tiene en la mano y me informa: ¡No soy una bruja ahorita, mamá, soy una *detectiva*!

• • •

No sé dónde aprendió que existen los detectives y que usan lupa, pero supongo que en la escuela, que reabrió a finales de febrero. En cuatro años maternando, en un país donde la guardería pública empieza a los tres años, y en un mundo en que cuando mi hija tenía tres años empezó la pandemia, yo jamás había tenido tantas horas libres. Se siente como el revés del mundo al revés. Cuatro días a la semana Olivia va a la escuela de 8:30 a 3:30.

Tod y yo hacemos maravillas con nuestros respectivos trabajos. Pero nadie barre la casa.

• • •

Ya abrieron otra vez las flores. Fuera de eso, y de las escuelas, la ciudad sigue cerrada.

Se ve menos desierta que la primavera pasada, porque ya estamos acostumbrados, pero sobre todo porque la gente ya no se encierra tanto. Y porque, a diferencia de las tiendas, de las albercas y de las bibliotecas, los restaurantes y pubs y cafés sí pueden operar, aunque deben despachar en la puerta y todo para llevar.

Somos una ciudad de actividades exteriores con un clima de no salir de casa.

• • •

A diferencia de su problema de omisión del siete, que sigue a pesar de que a diario le recordamos que hay vida entre el seis y el ocho, este

otro problema de lenguaje de Olivia, el del exceso de A, me parece muy bien que lo tenga, que pase todo al femenino. Es un lenguaje inclusivo orgánico que, al menos yo, no le pienso corregir. También me gusta cuando usa sustantivos de adjetivo. Como cuando de pronto grita: ¡Viene un lobo, vamos a escondernos! Y entonces nos trepamos a su cama y nos tapamos con el edredón y ella dice: Sshh, mamá, ¡tenemos que estar silencias!

• • •

¡Coño!, grita Olivia un día que le estamos insistiendo que haga *tidy-up*. Intentamos disimular la carcajada. Pero cada vez nos imita más y cada vez nos gusta menos.

Otras cosas que le hemos oído copiarnos son:

¡Dame un momento!

Jesus Christ!

Dije que no, carajo.

Shit, shit, shit!

¿No ves que ahorita no puedo?

Stupid book!

Putain merde!

I'm working on it!

I am NOT your butler!

Nuestra hija es un espejo.

• • •

Cuando tenía 17 años y vivía sola en París, tenía pegada en el espejo del baño esta frase que me había inventado y que me parecía de lo más poética pero que ahora me parece más bien profética: *Je risque rien sauf les miroirs.* (Algo como: el único riesgo son los espejos).

• • •

En la escuela gaélica, Olivia tiene dos amigas: Cora y Kita. No sabemos si son amigas reales reales, o reales amigas reales. Es imposible saber.

Un día de plano le pregunto a la maestra en la puerta. Resulta que ambas existen. Es increíble que los nombres sean tan parecidos a los de las amigas que pasó años nomás imaginándose, que de hecho aún existen, porque Cara viene con Oli a la escuela. A veces tengo que darle dos Laitas en el camino a la escuela, para que Cara también tenga la suya. Todo es muy meta.

¿Y Cora juega con Cara?, le pregunto un día. Y ella me contesta: Sí, bueno, no tanto.

• ● •

Unas cuantas noches del año pasado Tod no llegó a dormir porque había encontrado una base de datos de contagio de covid-19 en dormitorios de trabajadores migrantes en Singapur y se quedó despierto extrapolando la red hasta poder dibujarla en una bonita constelación que, hoy, le publicaron en un artículo. El artículo no es sobre el dibujo, claro, sino sobre sus implicaciones epidemio-sociológicas. Es un buen trabajo y, tras la publicación, brindamos y declara que no, no, no hará más proyectos nocturno-pandémicos.

Bueno, bueno, dice Olivia, yo también trabajo en las noches.

¿Ah, sí?, le decimos, ¿en qué trabajas en la noche?

Trabajo con que sueño, dice.

• ● •

Esto sí sé de dónde lo sacó. De los tres cochinitos de Cri-Cri: uno soñaba que era rey, otro con comer pastel y otro “con trabajar para ayudar a su pobre mamá”. Pero mi hija, según nos dice, no sueña con trabajar sino trabaja con soñar.

Ahí tampoco veo nada para corregir.

• ● •

La verdad es que todavía no entiendo si Olivia sueña, o si recuerda sus sueños. Cuando le preguntamos nos da ecos de lo que nos oye decir a nosotros. Estaba soñando algo horrible, dice, como cuando nos despierta de madrugada y decimos algo así en voz alta, porque estamos

todavía con un pie en el sueño. Algunas veces dice que tuvo un sueño horrible pero que los dinosaurios la protegieron, y eso viene de cuando no se quiere quedar sola en el cuarto y le decimos que sus estampitas de dinosaurio que tiene pegadas en la pared, y que brillan en la oscuridad, la protegen de todo. Durante semanas, casi cada mañana reportó haber soñado con un barco, pero cuando pedíamos más detalles sólo decía: ¡Quiero mi desayuno!

• ● •

En mi vida he tenido sólo dos pesadillas recurrentes. La primera empezó cuando era muy niña y se metieron a la casa de a lado y violaron a nuestra vecina. Entonces mi madre decidió llenar nuestra casa de barrotes. Desde entonces sueño que alguien se quiere meter a mi casa. La casa cambia a veces, pero el miedo es siempre del mismo orden. Se mezclan la infancia con los robos y las dos balaceras reales en las que he estado de adulta, y se le añaden también elementos incongruentes o del día, claro, como en todos los sueños. Pero en esencia es el mismo sueño siempre. Nunca veo a los que quieren invadir, son simplemente Los Malos. Y a la par que mi país, también mi pesadilla se ha ido militarizando. No importa qué tan lejos de México me vaya, en mi cabeza cada vez están más uniformados los malos, plagándome el inconsciente, cercando mi casa con tanquetas.

• ● •

Olivia me cuenta un cuento sobre una *detectiva* que está buscando una pista y se encuentra una torre, pero luego se pone a hacer la torre real, con bloques de madera, y me deja picada.

¿Y luego qué pasó?, le pregunto, ¿qué había en la torre?

Ella mira su construcción, piensa un momento y luego concluye: No sé, mamá, es una *misteria*.

• ● •

Conozco a una ilustradora, Kerry Franseman, que, junto con su pareja, Jonathan Plackett, hicieron un libro de cuentos clásicos donde lo único

que cambiaron fue el género de los personajes. Y eso, claro, cambió todo. Princesas guerreras, príncipes encerrados en torres, viejas mercaderes, padrastros obsesionados con preservar la belleza, padres que preparan galletas para que su hijo se las lleve a su abuelito al otro lado del bosque, reyes que cosen y se pinchan el dedo, reinas que sacrifican a uno de sus hijos. Es evidentemente el mundo al revés y es, a la vez, trágico que nos lo parezca.

• ● •

No sé cuánto gaélico habrá aprendido mi hija desde que volvió a la escuela, pero ya aprendió que existe Disney. O por lo menos Frozen. Conoce los nombres de los personajes, pero tiene su propia versión que me cuenta constantemente en el parque: Ana y Elsa eran dos hermanas que fueron al bosque, se encontraron un monstruo, le picaron la panza y regresaron a su castillo. *The End.*

• ● •

No quiero que te vayas, dice Oli aferrándoseme como pulpo. Me hinco para desenredármela de la pierna y echo mano de la tercera persona: Mamá tiene que ir a clase, le digo.

¿Tú eres la maestra?

Hoy no, hoy yo soy la alumna, la maestra es una... iba a decir la verdad, que es una bailarina, pero freno la palabra a tiempo para impedir que se me quiera sumar. Es una experta, le digo, una experta en fascia.

No es una mentira: el curso al que voy, por Zoom desde mi despacho, claro, es sobre la fascia.

¿Qué es fascia?, pregunta antes de por fin dejarme cerrar la puerta y que nos despidamos, como siempre, juntando las manos a través del buzón.

Me hinco otra vez, ahora afuera del departamento, y a través de la rendija le susurro: La fascia es una *misteria*.

• ● •

Cuatro horas después, la fascia sigue siendo una *misteria*, pero tengo hartas imágenes para explicarla: un limón que aplastado suelta más jugo, clara de huevo en un bote, modelos de tensegridad construidos con palos y ligas. La fascia es la membrana que une músculos, huesos y ligamentos. Es el tejido blanco que encuentras en la pechuga del pollo. Durante siglos, los anatomistas la quitaban nomás, la *basuraban*, como diría Oli, para llegar a los músculos. Pero cada vez más sabemos que, en realidad, cumple un montón de funciones y afecta el movimiento y, en general, el bienestar del cuerpo. La fascia se enreda, se deshidrata, se aglutina y forma eso que llamamos nudos en la espalda. Se llama tejido conectivo porque une todas las partes. Y, como están todas conectadas, lo que pasa en una zona del cuerpo afecta a las otras.

Para mí, es difícil no trazar el símil con la vida emocional. Lo veo todo el tiempo en mi despacho, ahora en mis Zooms. Mis clientes vienen para mejorar su relación con su trabajo, pero es difícil hablar de eso sin echar un vistazo a lo demás, porque nada dentro de nosotros está realmente separado. No hay compartimentos limpios ni nítidas líneas divisorias. No podemos decir: MAMÁ, TU CANSANCIO A LA CAJA. No funciona así.

Nuestras fronteras interiores son líneas imaginarias. No por eso joden menos, claro. Igual destruyen, paralizan y enferman. Igual que las fronteras geográficas.

• ● •

Cuando tenía 17 años y vivía en París, sola e indocumentada, tenía plena consciencia de ser extranjera, de poder ser deportada en cualquier momento. Pero no fue hasta un año después, cuando llegué a vivir a la Ciudad de México, que cobré consciencia de ser mujer, de poder ser atacada por eso. Física, psicológica y laboralmente atacada. Es otro tipo de extranjería, otro tipo de vulnerabilidad, ser mujer en un mundo regido por hombres, pero no por eso menos real.

• ● •

Cuando doy clases de escritura hablo mucho de la importancia del

subtexto, tanto en la voz narrativa como en los diálogos entre personajes. Importa porque las cosas que no están en el texto, las cosas que omitimos dicen mucho. A veces, dicen más que lo que sí decimos.

Y porque sé ubicar esas omisiones, no puedo *des-ver* la de este texto. Aquí el hueco es mi trabajo. No he dicho qué hago de día. Como todos los escritores, yo también tengo un *day job*, porque escribir alimenta el alma, pero no paga las cuentas. Pero hasta ahora he mencionado a mis clientes y a mi despacho, pero no he dicho en qué trabajo. No es porque no me guste mi trabajo, es porque no me gusta cómo se llama.

• ● •

Olivia, escucha esto: *Ish misha* Laia.

¡Oh! Yo no sabía que tú hablas *Gaelic*.

Bueno, por lo pronto sólo sé decir me llamo Laia. ¿Cómo se dice "Y tú cómo te llamas"?

No sé.

Bueno, pero dime tú cómo te llamas, dime en *Gaelic*.

Yo no me llamo nada, mamá, nada.

• ● •

De día, yo soy *life coach*. Soy, para ser exactos, *transformational coach*. En parte no lo digo porque me disgusta el anglicismo. Y en parte porque el coaching se conoce poco en español y siento que no se va a entender. Pero básicamente significa que estoy entrenada para acompañar a gente en procesos de cambio. Genero un espacio de escucha activa y establecemos una conversación. A diferencia de un terapeuta, yo no puedo trabajar con gente con depresión o cualquier otro trastorno psicológico. Trabajo con gente que está sana pero atorada, o agobiada, o tratando de hacer algún cambio. Hago preguntas, a veces incómodas, pero nunca directivas, propongo ejercicios, sugiero modos alternativos de visualizar algo. El principio básico es lo que Carl Rogers llamó "consideración positiva". Quiere decir que mi trabajo es confiar en las capacidades de mis clientes, incluso cuando ellos insisten en omitirlas. Sobre todo cuando insisten

en omitirlas. Les ayudo a quitarse velos, a desenterrar su propio subtexto, a ver con claridad los cuentos que se cuentan y derribar sus propias fronteras internas. No puedo aconsejar. No intento controlar. Mi trabajo es levantar un espejo, y poco a poco invitarlos a que se vean como yo los veo: capaces, audaces y enteros. En cierto sentido, mi trabajo hoy es lo opuesto a mi frase poética de los 17 años. Hoy creo que lo riesgoso es NO mirarnos al espejo.

• ● •

Hay un sustantivo que recorre la pandemia, el mundo, la vida, y que mi hija aún no conoce, pero que desde luego debería ser en masculino: violencia. Violencia debería ser *Violencio*.

• ● •

Mamá, ¿por qué parece como que estás triste?

No sé qué decirle. Tiene cuatro años. Mientras ella jugaba yo leí sobre otro feminicidio en el Estado de México, donde hay uno cada cuantos días, donde la inmensa mayoría quedan impunes.

Le digo nomás: Por las noticias, pero ya se me pasará.

• ● •

Pero no se me pasa. No se nos pasa. No se nos va a pasar. Lo que afecta a una nos afecta a todas. No igual, por supuesto, hay inmensas, abismales diferencias de circunstancia y de riesgo y de consecuencias. Pero todo se nos clava y de algún modo se nos queda, y todas tendríamos que poder gritar.

• ● •

Algún día le tendré que decir la verdad a mi hija. Que me fui de México por *Violencio*. Porque el 16 de agosto de 2008, a unos metros de mí, en una callecita en Creel, Chihuahua, llegaron dos camionetas llenas de hombres con metralletas y dispararon sin mirar a quién. Y aunque a mí no me tocó bala sí se me murió algo adentro, ahí, ese día, y decidí que yo prefería el exilio que el miedo. Y como tenía el absurdamente

inusual privilegio de poder empacar mi maleta e irme, de tener dinero suficiente y una visa, me fui.

• ● •

Aunque no a estos grados del horror, México siempre ha sido *Violencio*. Cuando yo era niña, acompañaba a mi mamá a su trabajo de campo en las sierras, y ella, la antropóloga, llevaba pistola. La disparó una sola vez, al aire, cuando unos tipos se estaban intentando meter al centro de salud donde dormíamos. Funcionó, se espantaron y se fueron. Yo no lo recuerdo. Pero ahora que lo pienso, quizá mi pesadilla de invasión no empezó con los barrotes sino años atrás, en el centro de salud, o antes, en el miedo de mi madre. O en el de sus abuelas. En el de generaciones de mujeres teniendo que cuidarse, encerrarse, doblegarse, o armarse.

• ● •

Una amiga que tiene una bebé de meses y se atoró con la pandemia en España, me dice: No quiero regresar, porque pues, ya sabes: no quieres criar una hija en México.

Me lo dice así, en segunda persona. Y aunque está hablando de ella, está hablando también de mí.

Es algo que no acabo de entender, esta mezcla de haberme querido ir y, a la vez, no saber soltar a mi país. Me lo cuestiono todo el tiempo, ¿por qué sigo escribiendo sobre México? ¿Por qué me cimbra más la violencia mexicana que la siria o la venezolana? ¿Es que en el fondo soy nacionalista o es que mi fascia emocional, esa membrana histórica que me une a otras mujeres, está de algún modo más conectada con las mexicanas? Por qué, por ejemplo, conversar en inglés me agota y platicar en español me reaviva. Seguramente los que sacan fotos del cerebro sabrían explicármelo. O quizá no. Quizá las afinidades culturales y cómo repercuten en los hemisferios cerebrales, en los músculos y el alma, sigue siendo uno de los grandes misterios de la vida humana. O tal vez es, nomás, una de las más grandes obviedades.

• ● •

Lo que sí sé es que algunas cosas no cambian en el mundo al revés. El 8 de marzo de 2020, como el del 2021, las imágenes de la marcha de las mujeres en México son una poderosa mezcla de empoderamiento e impotencia. De coraje y solidaridad. De desesperanza y desahogo.

Como la gente que sólo reza en semana santa, como los que sólo consienten a su mamá el 10 de mayo, yo paso el 8 de marzo pegada a las noticias, con una mezcla de admiración a distancia, culpa de privilegio, horror de todo y empatía con todas. Como resultado tengo los ojos hinchados cuando recojo a mi hija en la escuela.

Mamá, ¿por qué estás llorando?

Por las noticias.

Pero ¡mamá!, ¿QUÉ son la *niticias*?

¿Qué le digo a mi hija de cuatro años? ¿Que estoy llorando porque hoy es el día de la mujer, pero el gobierno de mi país culpabiliza a las víctimas y se cercó con un muro contra las mujeres? ¿Que las manifestantes escribieron sobre el muro los muchos, los demasiados nombres de las víctimas de feminicidio? ¿Que las así llamadas fuerzas de seguridad arrojaron gas sobre las protestantes, para "dispersarlas"?

¿Que imagino a los oficiales reunidos sentenciando, en una versión machista y macabra de la máxima de Wittgenstein: *Hay mujeres que no se pueden silenciar, las tenemos que dispersar?*

Al final lo que le digo es: Las noticias, Olivia, son una caca podrida.

• • •

Si plantas una pistola en un texto, es sabido, la vas a tener que usar. Pero en este texto no usamos pistola. La plantamos nomás para que se entienda de dónde venimos. Y de dónde nos fuimos. Sobre todo, que se entienda por qué no volvemos. Por las pistolas. Porque se usan. Porque en México a diario se mata gente. Hombres, mujeres y niños. Diez mujeres al día y de las diez al menos una es menor de edad. En México se matan niñas.

Todos los días.

• • •

No ha pasado un mes de que decretó lo contrario, cuando una noche Tod no llega a dormir. A la mañana siguiente no tengo ni que preguntar. Me trae un café a la cama y me pone su computadora en las piernas.

Frente a mí tengo un mapa de Edimburgo lleno de fronteras, cada barrio de un color distinto. Le da *play* y el mapa empieza a mutar. Del amarillo al azul claro al índigo al morado. Tod extrapoló los datos y programó este mapa generando un gif, que muestra la progresión de casos y contagios por barrio, durante todo el año pandémico. También hizo el de Glasgow.

Estás absolutamente loco, le digo.

Y él nomás se sube la capucha de la sudadera.

De todos modos te quiero, le digo, te quiero todos los gifs.

• ● •

Es un juego viejo. Lo jugamos todo el tiempo. Olivia es, por supuesto, la mejor. Me dice, por ejemplo: Te quiero todos los infinitos y todos los libros.

O me dice: Mamá, yo te quiero todas las nubes antes de que se lluevan.

O: Mamá, te quiero todos los conejitos y todos los colores y todos los plátanos con *peanut butter*.

A veces se pone matemática: Mamá, yo te quiero con cinco amores.

A veces se pone binaria: Yo te quiero todo eso que tú dijiste, más uno.

• ● •

Yo también algunas noches no he llegado a dormir. Y, en el fondo, lo que he estado programando no es tan distinto de lo que hace Tod. Yo también me he dibujado una bonita constelación.

Esa red invisible entre mujeres, eso que antes llamé la fascia metafórica y que, como hacían los anatomistas de antaño, he estado ignorando toda mi vida, un buen día de pandemia decido atenderla. Palparla al menos para empezar. A ver si existe de verdad. Voy a

tientas totales, no sé bien por dónde empezar. Así que empiezo por donde estoy: convocando por internet a mujeres que escriben en español. Les ofrezco lo que tengo para dar: un curso de coaching y escritura. Construyo el programa educativo de mis sueños y lanzo la convocatoria. Paso semanas en ello, pero me digo que si se anotan diez vale la pena el esfuerzo.

Se anotan sesenta y cinco.

Casi de la noche a la mañana, la red se vuelve mi trabajo principal. Mi nuevo *day job*. Nos reunimos para escribir y les lanzo ejercicios de escritura o de coaching. Les enseño a hacer escucha activa, para que entre ellas se puedan acompañar. Una y otra vez les digo: No se angustien si no saben por dónde empezar, si van palpando apenas una intuición, si avanzan a tientas: así es la escritura.

• ● •

La segunda pesadilla recurrente que tenía me duró pocos años. La tenía de adolescente, cuando vivía sola en Francia y no hablaba español con nadie. En el sueño, la angustia consistía en descubrir que no podía hablar español. Lo más irónico, y lo que usaba racionalmente para estabilizarme al despertar, es que el sueño sucedía en español.

• ● •

Léemelo en tu país, me pide Oli cuando empiezo a leerle en inglés algo rimado que me da flojera traducir.

Léemelo en México, me pide si no quiere que le lea en francés un libro que está en francés.

¡Léelo en lo que tú hablas!, me pide exasperada cuando intento explicarle la diferencia entre lengua y país, entre México y mexicano, entre un libro y una caricatura que puedes cambiar de idioma en un clic.

Su padre no ayuda con la lección porque cuando ella le exige: Léemelo en California, él se queda muy contento, con su única vena nacionalista, la californiana, latiéndole fuerte, transmitida como por ósmosis a su hija que ya aprendió a diferenciar su estado del resto de

un país con el que él no quiere que lo asocien: *Our work here is done!*, me dice.

• • •

Ahora sé que yo nunca perderé mi lengua. Pero me angustia imaginar que mi hija sí. Es una angustia espejo, una proyección. Cuando imagino que Olivia un día deje de lado el español, me duele en parte porque veo en esa pérdida mucho más que un idioma. Veo *mis* pérdidas. Los afectos lejos. La familia que no ve crecer a mi hija. El país que dejé y al que no quiero volver. Por muchos factores, pero también en parte porque ya no existe.

Desparece con cada desaparecido. Se lo comieron las balas. Lo cercan las tanquetas.

• • •

Yo sí he visto *Frozen*, hace años, la vi por mi sobrino. Tiene síndrome de Down y, por su bajo tono muscular, era particularmente importante, y particularmente difícil, que aprendiera a gatear. En un arranque de creatividad desesperada, sus padres empezaron a ponerle *Frozen* en un iPad en el piso, y lo iban alejando de él. Su obsesión con la película era tal que, con tal de acercarse a Ana y Elsa, aprendió a gatear. Me prometieron que era una película excepcional, pero recuerdo que me desilusionó. Sobre todo, sé que es una droga y no quiero que mi hija se vuelva adicta.

• • •

¿Qué le voy a decir a mi hija? ¿Que a nombre de una guerra imposible, una supuesta e idiota "guerra contra las drogas" mi país se ha vuelto un infierno?

• • •

OK, le digo una tarde, OK, vamos a ver *Frozen*.

• • •

Hay una imagen, en *Frozen*, donde se rompe un dique y una inmensa ola recorre el mar, dirigida a arrasar con el reino, excepto que Elsa logra detenerla a tiempo con sus poderes mágicos. Esa ola, en nuestras vidas con una niña de este siglo, era Disney, y yo dejé de detenerla una tarde de granizo.

• ● •

Mi programa de coaching para escritoras se llama *Escribir es un lugar*.

Se llama así porque siempre he pensado en la escritura como un lugar interior al que voy.

He pasado la gran mayoría de mi vida aprendiendo a dejarme ir y venir con más fluidez de ese lugar. Estar ahí nunca ha sido un problema para mí, pero llegar sí. Es ridícula la cantidad de resistencias y procrastinaciones que aún presento antes de sentarme a escribir. Pero al menos ya no me da tanta vergüenza, porque ahora entiendo que nos pasa a casi todos los que escribimos. Lo que hago en *Escribir es un lugar* es intentar facilitar ese tránsito para otras, con las herramientas que he ido juntando.

Pero, conforme pasan los meses y seguimos juntándonos a escribir por Zoom, poco a poco entiendo que "un lugar" se refiere también al lugar del encuentro. Es un país virtual, hecho de muchos interiores reducidos cada uno a un rectángulo en mi pantalla. Pero es un país rico y generoso, donde se habla mi lengua materna. En más de un sentido, las compañeras y yo hablamos el mismo idioma. Nos importa priorizar la escritura en nuestras vidas pese a los trabajos, los hijos, los pendientes, la pandemia. Y al hacerlo juntas disminuyen las trabas que nos ponemos para hacer eso que deseamos hacer. Y al escribir con las otras en la pantalla nos reconocemos. En las dos acepciones de la palabra. Nos vemos en las otras y, a la vez, le damos a las otras su merecido reconocimiento.

• ● •

Cuando vemos *Frozen 2* se me salen las lágrimas en la escena donde la protagonista se enfrenta descalza al mar.

¿Por qué lloras, mamá?
No estoy llorando de triste.
Ah, es que a veces lloras de contenta.
Sí, pero ahorita lloré nomás porque Elsa fue muy valiente.
Ah, bueno. ¿La quieres ver otra vez entonces?
¡No!

• ● •

El problema es que yo detesto la repetición. La idea de ver *Frozen* no me repele tanto como la idea de volver a ver *Frozen*, una y otra y otra vez. Así que en un mes ya hemos visto también *Moana*, *Frozen 2* y *Brave*. Consulto a amigas con más experiencia y me aseguran que lo demás es misógino. Así que, a partir de ese momento, una vez a la semana dejo que Olivia vea alguna de esas cuatro películas mientras yo duermo o leo o me pico la panza. Si no contamos las canciones, que son absurdamente pegajosas y luego no saco de mi cerebro por días, cada película me regala noventa minutos de silencio y paz. No puedo entender que no lo hiciéramos antes.

• ● •

La frase “noventa minutos” es dolorosa para mí. Es otro condicionamiento pavloviano, u otro dolor proyectado. Si digo o escribo *noventa minutos* se me hace un nudo en el plexo. Lo tengo desde hace unos años, cuando aprendí que en México desaparece una persona cada noventa minutos.

Cada.

Noventa.

Minutos.

¿Cómo le voy a explicar un día a mi hija que, en mi país, en el tiempo en que ella ve una película y yo hago nada de nada, en lo que alguien

podría leer este texto, una persona se pierde en un agujero negro, una luz vital se apaga, una familia es arrojada a un duelo sin confines ni respuestas, sin justicia?

• ● •

¡Estoy atorada!, grita Oli desde el baño.

Corro imaginándola sumergida en el escusado, pero la encuentro de pie, pegada a la pared, en una especie de contorsión que me toma un momento entender hasta que veo su pelo enredado en los tubos de la calefacción.

¿Te ayudo?

No, ya, dice zafándose, ya me *destatoré* solita.

• ● •

Cuando las reglas cambian y la temperatura sube un poquito, emprendo una campaña de volver a ver gente afuera del Zoom. Me preocupa que no extraño particularmente la experiencia, y creo que debo forzarme un poco, recordar que la gente tiene también piernas.

Cito a amigos y conocidos, siempre un miércoles en la mañana, siempre en la misma banca del mismo parque, como en el libro de Georges Perec. Sólo que él iba a su plaza para observar y yo voy a la banca para retomar conversaciones que tuvieron un año de pausa.

Un miércoles de principios de abril me veo con un colega francés. Es uno de los primeros días de sol y eso nos tiene a ambos de buen humor. Antes de empezar a hablar de trabajo, que es lo único que realmente compartimos, cometemos el error de hablar del coronavirus.

Y si resulta que todo es un “canular”, me dice.

Desconozco la palabra. *Qu’est ce que c’est, un canular*?, le pregunto.

Me traduce al inglés: *Ox*.

Ox?, repito confundida, imaginando a la pandemia como a un buey, llevándose en los cuernos a millones de inocentes.

Luego él, haciendo el esfuerzo sobrehumano que le implica a los franceses la h inglesa, repite: *Hoax*.

Qué tal que todo es un *hoax*, es lo que me está diciendo. Qué tal que

todo fue una broma, un engaño, *un canular*.

Y entonces yo, de igual modo que me cacho haciéndole zoom al papel y *rewind* a la vida, tengo el impulso físico de silenciar a este individuo sin dejar de sonreírle. Pero, eso desgraciadamente, no se puede hacer en la vida con piernas.

• ● •

Es una nostalgia preventiva la que me invade: Cuando se acabe la pandemia, vamos a extrañar el *mute*.

• ● •

Tentativa de agotamiento de un lugar parisino es un libro de Georges Perec en el que durante tres días se sentó en una plaza a observar todo lo que pasaba y lo registró, aparentemente sin editar. Excepto, claro, que lo que hace un escritor es en gran parte machetear, cortar, pulir, lijar, es decir, editar. En la papelera de este texto hay 45,000 palabras. En el texto mismo quedaron menos de 20,000. Eso es la escritura también: no sólo decir y asentar, sino una y otra y otra vez, decidir qué tienes que *basurar*.

• ● •

A la par de este texto sigo trabajando en mi novela. Pero hay algo en ella que no logro *destatorar* y sé perfectamente lo que es. Es el miedo a hablar de los desaparecidos. Porque no quiero escribir *sobre* los desaparecidos, no creo en escribir por tema, mucho menos en lanzar mensajes morales a través de la narrativa, pero siento que hoy en día tener un personaje que desaparece conlleva una carga que no sé cómo me voy a evitar.

Pero no es mi trabajo evitar nada, claro. Al revés. Mi trabajo como escritora es picar botones. Mi trabajo es tocar fibras. A veces mi trabajo es incomodar. Hacer sentir, pero también hacer pensar.

• ● •

La gente llega al coaching sobre todo con tres tipos de problema:

necesitan disciplinarse, necesitan *destatorarse* o están agobiados con tanta cosa y necesitan alcanzar cierta claridad sobre qué *basurar*: es decir a qué renunciar y cómo decir que NO a lo que no quieren en sus vidas.

Yo padezco los tres problemas, muchas veces al mismo tiempo y, por ende, a veces, mi síndrome de impostor me ataca antes de una sesión. Cómo voy a ayudar a alguien con algo que yo misma no he resuelto del todo. Pero luego doy la sesión y después me acuerdo: *destatorarse* es un trabajo de todos los días.

• ● •

Se dice desatorarse, la corrijo por fin.

No, me dice, yo digo *destatoro.*

Suena a personaje japonés, le digo.

¿Qué?

Nada. ¿Cómo te enredaste con la calefacción?

No es la calefacción, mamá, es mi caballo.

Ah, ok, le digo y me doy por bien servida.

• ● •

Piensa fuera de la caja.

Mamá, teléfono en la caja.

Laia, mete esta escena en la caja del texto de 2021.

• ● •

No quiero que te vayas.

Olivia, mamá tiene que trabajar.

¿Pero hoy vas a ser maestra o vas a dar tus *coachinguitos*?

Hoy es sábado, voy a trabajar todo el día en mi libro.

Ay, mamá, pero ya tenemos muchos libros.

• ● •

Ya hay muchos libros en el mundo. Ya alguien lo hizo mejor que yo. Son frenos que oigo a diario en mis clientes, que son sobre todo

mujeres brillantes, valientes, creativas y curiosas, pero plagadas de percepciones negativas, monstruos del pasado, ecos de maltratos, limitaciones y adjetivos y etiquetas que son heredadas, recibidas, inventadas, pero no por eso menos carcelarias. Acompañarlas mientras reconocen sus murallas, mientras las palpan hasta dar con la grieta por donde eventualmente entra, como en el poema de Leonard Cohen, algo de luz. Ése es mi trabajo.

• ● •

Mamá, yo soy Ana. No, soy Elsa. No, mejor hoy quiero ser Moana. Ok, le digo, yo soy Maui.

No, me dice: Cara es Maui, tú eres Hey Hey.

OK, digo, a pesar de que es francamente doloroso para mi ego porque Hey Hey es un pollo tonto que no habla. Cló cló, cacareo, y nos paramos en su cama para navegar. Ella amarra su cuerda de saltar a una estantería, para simular las velas o tal vez el mástil. Después de un rato se me olvida que soy un pollo y digo: ¡Cuidado, Moana, viene una tormenta!

Ella voltea a verme tranquila y me explica: Ya no soy Moana, mamá, ahora soy Brave y tú eres el caballo.

OK, le digo, pero si cambias de personalidad a medio juego me tienes que avisar.

Bueno, dice, es que a veces no me doy *mucho* cuenta cuando me cambia la *porsonalidad.*

• ● •

Carl Rogers escribió que una persona sólo está educada cuando aprende a aprender, y a cambiar.

• ● •

De vez en cuando espío a Olivia hablando con mi mamá por el iPad. Selene nunca ha visto *Moana*, ni *Brave* ni *Frozen*, pero se las sabe todas a través de la versión tergiversada que Oli le transmite, sobre todo en formato de órdenes.

Entonces tú te morías, le instruye, y te conviertes en una mantarraya.

Mi mamá entra totalmente en personaje y más adelante protesta: Pero yo no te puedo ayudar porque estoy muerta y soy una mantarraya y no puedo salir del agua.

Yo me río bajito desde el otro lado de la puerta. No me gustan las películas dobladas, pero me encantan las películas teléfono descompuesto.

• • •

La terapia centrada en el cliente, de Carl Rogers, el análisis transaccional de Eric Berne, *Tiempo para pensar* de Nancy Kline y la terapia narrativa de Epston y White, son algunos de los pilares del tipo de coaching en el que yo me formé. Pero los pilares son distintos al impulso. El impulso remonta a 2010, cuando conocí a una editora americana que, al final de su conferencia, dijo: Y también soy coach para escritores. Yo pensé: Eso suena espantoso. Y también pensé: ¡Y yo quiero una! Trabajé con ella por seis meses, por Skype, una y otra vez ella me sostuvo el espejo, me hizo las preguntas, me ayudó a ver que yo podía, debía, separar mi control de calidad (que me hace buena para editar) de mi perfeccionismo (que me paraliza nomás). Por fin me dejé de decir, “ya hay demasiados libros en el mundo” y me permití a mí misma publicar mi trabajo. Y cuando nos despedimos, le dije: Yo también voy a ser coach para escritores algún día.

• • •

No sé si mi marido ha estado leyendo el libro de los cuentos clásicos con el género invertido, pero sí puedo atestiguar que últimamente se comporta como un doncel esperando noticias de su amada. Siete veces al día se asoma al buzón. Está esperando su sobre azul. Que no contiene una princesa salvadora pero sí algo similar: una cita para irse a vacunar.

• • •

Pulpo, en gaélico, se escribe *gibealach*.

O: *Gibearnach-meurach.*

Pero también: *ochd-chasach* que, visto en papel, se parece un poco a "ocho patas".

• • •

No estudié coaching de inmediato. Me tardé casi otra década, durante la cual escribí varios libros y una película que no se hizo. Tuve una hija y me mudé muchas veces.

También estudié otras cosas que no me entusiasmaban tanto y me conté muchos cuentos sobre el prestigio. Sobre cómo ser *life coach* iba a afectar mi prestigio de escritora seria. Pero, como aprendí de mi familia materna, no hay que confundir lo importante de la vida con el *chuchuflex* del ego.

La escritura, y el coaching, merecen todo mi respeto. El prestigio, en cambio, sólo merece mi irreverencia.

• • •

A medio camino a la escuela, Olivia se detiene y emite un lloriqueo tan intenso que resulta gracioso.

¿Qué pasa?, le pregunto.

¡El cielo está tan grande, mamá!

• • •

Tiene un problema, también, mi trabajo. Y es que, si pasas muchas horas cada semana desmantelando cuentos ajenos, los tuyos también se hacen más aparentes. He aquí otro que yo me había montado, fruto en parte de que casi todos los talleres a los que asistí eran machistas, pretenciosos y algunos directamente misóginos. Yo en la escritura –reza mi mandamiento– avanzo sola. No voy a los cocteles. No participo en talleres. Escribo y reescribo y dejo que mi trabajo hable por mí. Ésa ha sido mi ética laboral por veinte años y eventualmente me ha llevado a bastantes lados. Pero ahora puedo ver que a la par de una soledad liberadora, tenía también algo de cueva y de bozal. Porque en no conectar con otros hay algo de "calladita te ves más bonita". Y de eso

yo ya no quiero más.

• • •

Al final, decido que este capítulo no va a tener nombre de animal sino de persona. En específico de mujer. Pero averiguar cómo se dice mujer en gaélico es desagradable. El diccionario tiene veintisiete palabras. Excepto una, todas vienen con adjetivo y, vistas en conjunto, pintan una constelación demasiado familiar. He aquí algunas:

Mujer bonita.

Mujer de labios gruesos.

Mujer haciendo trompita

Mujer gorda.

Mujer con lengua de serpiente.

Mujer ladrona.

Mujer con una sonrisa dientona, que también significa mujer con los dientes rotos.

Mujer con carácter, que también significa brincar.

Mujer barbuda, que también significa vagina.

Mujer desordenada, que también significa mancha.

Mujer amable, que también significa niña.

En Escocia, como en China o en Chihuahua: mujeres encasilladas en un léxico que polariza.

Es un síndrome viejo como el mar: si no la quieres dejar ser, la puedes adjetivar.

• • •

Mi hija es una feminista nata. Lo compruebo el día que me salgo de la casa y me hinco para despedirnos por el buzón y a través de la rendija metálica ella me dice: Mamá, yo te quiero todas las *mundas*.

• • •

Cuando hacia finales de marzo me entero de que le pusieron a mi padre la primera dosis de la vacuna china, me da un ataque de llanto en el supermercado. Dejo la compra y me regreso a la casa. Pero al entrar en

vez de anunciarle la buena noticia a mi marido, le digo: Cuando empezó la pandemia mi papá me dijo, en broma, “No, pues ya sé de qué me voy a morir”. Y me acabo de dar cuenta de que llevo un año pensando todos los días, todo el tiempo, que no quiero que se muera, en general de nada, pero en específico de covid.

Tod me abraza y me dice: Yo no sabía que tu papá dijo eso, nunca me contaste eso. Y yo pienso en cómo nos convencemos, todos, constantemente, de que no decir algo equivale a enterrarlo. Pero en realidad el silencio no es una tumba. El silencio es sólo un callejón sin salida. Y a los miedos para erradicarlos, primero los tienes que poder decir.

• • •

Mamá, no me estás escuchando, ¡yo ya no quiero vivir así!

Wow, le digo, wow.

¿Qué, mamá?

Pues que esto no es una película de Disney, Olivia. Por favor no hables como una película doblada, me pone de mal humor.

¿Cómo doblada? ¿Como la ropa?

Sí, o como las quesadillas, o doblada de la risa, que es cuando te ríes mucho.

Como con las cosquillas, concluye.

Te voy a hacer una quesadilla de cosquillas, le digo, y ella se muere de la risa.

• • •

Se va a caer, se va a caer, es una de las consignas feministas que más quiero creer.

Pero también sé que, así solito, así por su propio peso, el patriarcado jamás se va a caer. Y de hecho va a oponer toda la resistencia de la que es capaz. Porque estar erguido, erecto, inflado y con penacho es su principio principal. No digo que no lo podamos derribar, digo que hay cosas, como el patriarcado, que no se pueden derrumbar, se tienen que desmantelar.

Tabique por tabique.
Adjetivo por adjetivo.
Adentro como afuera.
Cada una y todas juntas.
Todos juntos. Todes juntes.
Una jaula a la vez.

• • •

Otra manera de des-encasillarnos es ir a la esencia. Así que, al final, para el último capítulo elijo la palabra DAONNA, que se pronuncia Diune, y que en gaélico escocés quiere decir ser humano.

• • •

Hace trece meses que se declaró la pandemia global. Hace catorce meses que no salgo de Edimburgo. En Escocia ya le pusieron la primera dosis a toda la gente de más de cincuenta años. Mi mamá también ya recibió su primera dosis. A nosotros no nos han llegado nuestros sobres azules, pero sé que llegarán. Se avecina como un rayito de luz la vieja normalidad. Pero no la esperanza. Brasil está mal, la India está de la chingada, las crisis económicas van para largo y la distribución de la vacuna, como la de la riqueza, reproduce antiquísimas inequidades. Me gustaría tanto pensar que esta pandemia por fin nos hará entender que somos nosotros la fascia del planeta. El tejido conectivo. Que lo que afecta a uno afecta a todos. Pero no me dan ni el optimismo ni el feminismo ni el pensamiento mágico-matemático para creer eso y se me alebresta la furia cuando pienso en la gente que no se quiere vacunar.

• • •

Yo también soy feminista. Concuerdo con las consignas de sororidad, aunque no se llevan bien con mi cueva y mi bozal. Y a diario compruebo que éstos no son sólo míos. Los veo en mis compañeras de *Escribir es un lugar*. Nos atacan los mismos pánicos: ¿Tengo derecho a escribir? ¿A escribir este material en particular y en este contexto en general? ¿Voy a poder? ¿Soy suficiente? ¿Me van a echar tierra? ¿A

alguien le importa? ¿Y a qué puta hora voy a escribir con la escuela en la casa y tantos pendientes en mi lista?

Pero hay problemas que no se pueden resolver, se tienen que disolver. Y el problema de si escribir o no, y de cómo, cuándo, dónde escribir, nosotras lo disolvemos así: citándonos por Zoom. Cada una con su texto, pero todas juntas. Y aunque estamos en *mute*, lo que estamos haciendo es lo opuesto a silenciarnos. Una palabra a la vez vamos resquebrajando la autocensura. Para algunas es la primera capa, están saliendo del cascarón. Otras llevamos décadas y sabemos que las jaulas interiores no se acaban. Pero una vez que las puedes ver, también las puedes abrir.

• ● •

Si un día mi hija pregunta cómo pasamos la era del coronavirus le entregaré este texto: no como una respuesta sino como una pregunta. Como una lupa.

Dígame usted doctora princesa sirena *detectiva* qué encuentra. Qué le resuena. Qué pistas sugiere que sigamos. Qué pieles muertas está contenta de que su mamá haya guardado y cuáles hubiera sido mejor *basurar*. Dónde está para usted el espejo, a qué le tiene miedo, cuénteme. La escucho.

• ● •

Esto es lo que sí sé sobre la primavera 2021, sobre la década que se nos viene encima, sobre el futuro: es una *misteria*. Pero no será una *silencia*.

• ● •

Tentativa de agotamiento de un año en casa podría ser un título para este texto.

Pero no sé si este texto es eso. Lo que sí sé es que escribirlo me ha ayudado a darle forma y, por ende, espacio, a mi propio agotamiento.

Frente al horror y pese al amor, para muchos “agotamiento” es la sensación principal de esta era. Pero agotamiento tiene dos significados.

Uno es el del cansancio muy grande que nos cargamos.
El otro es el de que algo está por terminar.

En su primera obra de no ficción, Laia Jufresa, una de las mejores escritoras mexicanas, retrata con ingenio y mucho humor las pequeñas cosas que nos incumben, obsesionan, angustian y que, pese a todo, nos impulsan a seguir habitando, y rescribiendo, este presente enrarecido.

«¿Un libro pandémico? Sí y no. Un libro —con pandemia de fondo— sobre la manera en la que nos contamos: lenguaje y pantallas, escritura y maternidad, las nuevas vidas nuevas. Lleno de humor y asombro, bellísimo».
Elena Medel



¿Cuánta gente cabe en un departamento cuando sus tres habitantes están confinados?

Cuántos idiomas si uno de ellos apenas está aprendiendo a hablar?

¿Cuántos personajes si uno de los tres es novelista?

Veinte, veintiuno narra cinco estaciones en la vida de una pequeña familia bilingüe adaptándose a la «normal nuevidad», y retrata el peculiar lenguaje que construyen juntos y encerrados: un idioma destinado a desaparecer.

Una y otra vez, este libro nos recuerda que, bien mirado, lo cotidiano es extraordinario.

La crítica ha dicho:

«Al centro de este hermoso y entrañable libro está el lenguaje. El léxico que nos impuso una pandemia y todo lo indecible que la rodeaba; y los idiomas que adquiere y que inventa una niña pequeña en un mundo lleno de ruidos y silencios. El humor, el carisma y la inteligencia de Laia Jufresa hacen de este *Veinte, veintiuno* un pequeño milagro pandémico».
Jazmina Barrera

«En este emotivo, compasivo y gracioso libro, Jufresa nos abre su mundo personal con transparencia y generosidad, explayando sus inseguridades, alegrías y éxitos con humor y simpatía. La lectora se reconocerá en muchísimas escenas de este diario».
Latin American Literature Today

Sobre *Umami*:

«Una pequeña obra maestra única».

Book Riot

«Laia Jufresa posee la sabiduría de las almas más viejas y la entrañable espontaneidad de un niño. Su escritura es seria y lúdica por igual; sus observaciones son a la vez brutales y rebosantes de empatía y ternura. Leerla es como viajar por las mentes de todos los que conocemos, guiados por una voz suave y fiable que nos dice: detente, escucha, observa».
Valeria Luiselli

«Este libro es una inmersión suave y delicada en los ciclos de duelo y pérdida de los que están hechas y deshechas las familias, aterradores y extraños, sin perder de vista nunca las banalidades cotidianas del hogar y el amor».
Aaron Bady, *Literary Hub*

«Señora Jufresa: ¿dónde chingados aprendió a contar una historia tan bien?»
Álvaro Enrigue

«Las mejores novelas sobre la Ciudad de México logran encarnar esa loca energía proteica de la ciudad [...] Esto ocurría con *Los detectives salvajes*, de Bolaño, al igual que con el extraordinario, completamente cautivador y brillante multitodo *Umami*».
Francisco Goldman

Laia Jufresa creció en el bosque de la niebla de Veracruz y pasó su adolescencia en París. Cuando en 2001 se mudó a la Ciudad de México descubrió que no sabía cruzar la calle. Desde entonces escribe narrativa. Es autora del libro de cuentos *El esquinista*, el libro álbum *La apuesta* y el audiolibro *Veinte, veintiuno*.

Umami fue su primera novela. Se ha traducido a nueve idiomas. En el festival de Primeras novelas de Francia, en 2016, se le votó como la mejor primera novela en español de ese año. En inglés, traducida por Sophie Hughes, ganó el premio PEN Translates Award y fue finalista del Best Translated Book Awards 2016.

Se la ha nombrado como uno de los mejores escritores de Latinoamérica (Bogotá39) y de México (Mexico20). Su ficción ha aparecido en *Vogue*, *Words Without Borders y McSweeneys*, su no-ficción en *El País*, Netflix, la BBC. Vive en Edimburgo, Escocia, donde cría una hija, escribe, y dirige *Escribir es un lugar*, un programa para escritoras hispanas de todo el mundo.



Primera edición: octubre de 2023

La escritura de este libro contó con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores del Fonca

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Amanda Mijangos

ISBN: 978-84-397-4267-8

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice